

REVISTA DEL CLUB NÁUTICO SAN ISIDRO - AÑO 52 - N° 321 - JUNIO DE 2020

NAUTICO

1 9 1 0 - 1 1 0 º A N I V E R S A R I O - 2 0 2 0



#YOMEQUEDOENCASA

ITBA

Instituto Tecnológico
de Buenos Aires

EL ITBA EN TU CASA

**¡No hace falta que te acerques
a la Universidad para conocernos mejor!**

Podemos:

- + Brindarte información de nuestras carreras, ingresos, becas
- + Organizarte charlas con nuestros directores de carrera a través de diferentes plataformas online
- + Contactarte con estudiantes para conversar sobre su experiencia universitaria
- + Mostrarte el ITBA en un recorrido virtual, y muchas cosas más!!!

ABIERTA LA INSCRIPCIÓN 2021

LICENCIATURA EN
**Administración
y Sistemas**

LICENCIATURA EN
**Analítica
Empresarial
y Social**

INGENIERÍA
Electrónica

INGENIERÍA
Mecánica

INGENIERÍA
Química

INGENIERÍA
Industrial

INGENIERÍA
Naval

INGENIERÍA
Informática

INGENIERÍA EN
Petróleo

Bioingeniería

ESCRIBINOS A:

informes@itba.edu.ar

 (+549) 11-3093-2056

www.itba.edu.ar



Hoy...

Por Germán Bincz

Fotos: Andrés Milanowsky

Hoy sale una nueva edición de nuestra revista.

Hoy, en tiempos de coronavirus, cuarentena y gran incertidumbre, doy un enorme gracias a los socios que lo hicieron posible, porque:

«**Náutico**» es punto de encuentro para todos los socios de nuestro club, donde se narran las historias que transcurren por nuestra isla.

Historias que hemos escrito y vivido todos nosotros, los socios del Náutico.

Historias que cuentan momentos de color, alegría y tristezas, deporte, familia, amigos, fiestas, reflexión, disfrute y, por sobre todo, de *unión y reunión de todos aquellos que integramos esta familia*.

Historia que lleva ciento diez años, donde **el socio del Náutico marcó la diferencia**, haciendo de esta isla un lugar mágico.

Marcó la diferencia con sus vivencias en él, transmitiendo su esencia de generación en generación. Esencia que se mantiene intacta ya que fue un legado que pasó de generación en generación y que hoy disfrutamos y mantenemos, legándosela así a nuestros hijos y nietos y a todos aquellos que se acercan.



Marcó la diferencia, porque a pesar de los vaivenes económicos a que nos tiene acostumbrado nuestro país, *durante ciento diez años* fue **el socio del Náutico** el que lo bancó y dirigió y así hizo posible que hoy tengamos este club maravilloso que, como dije, *hace la diferencia* y nos muestra que haciendo honor a las responsabilidades y con esforzado trabajo honesto e inteligente, **es posible**.

Historias que vivimos y contamos, pero la Historia se *escribe, se construye y se hace* **en tiempo presente**.

En tiempos de coronavirus y cuarentena, con el club cerrado por primera vez en más de un siglo, y teniendo presente que muchos atravesamos momentos muy difíciles que hace que algunos, con enorme tristeza, deban momentáneamente desembarcar, **hoy nos toca a nosotros, los socios actuales, escribir la Historia** (con mayúsculas).

Historia que en el futuro podrá ser contada por nosotros, nuestros hijos, nietos, empleados y por quien quiera contarla.

Esto será así porque **Hoy la escribimos y hacemos entre todos, sosteniendo nuestro querido club, que es nuestra casa**, para muy pronto poder estar ahí disfrutándolo como siempre, transmitiendo su esencia y legado.

Cada socio es y hace el Náutico, y entre todos hacemos y construimos su **Historia** con mayúsculas y más en tiempos tan difíciles como los que nos toca vivir.

Pasemos ahora de página y disfrutemos de las historias que nos presenta la revista y *escribamos hoy* la nuestra, que será contada en las próximas ediciones, porque «el Náutico somos y lo hacemos entre todos». Un afectuoso abrazo a la distancia.

UNIVERSIDAD
AUSTRAL



DESAFIÁ TUS HABILIDADES HOY, MÁS OPORTUNIDADES MAÑANA

**#1 EN
EMPLEABILIDAD**



EN UNIVERSIDADES DE
GESTIÓN PRIVADA
RANKING 2020

GRADUATE CON EXPERIENCIA LABORAL
+500 convenios con empresas
de primer nivel



HACÉ PARTE DE TU CARRERA EN EL EXTERIOR
Convenio con más de **100** universidades
para realizar tu intercambio

Abogacía • Relaciones Internacionales • Ciencia Política • Ingeniería Biomédica • Ingeniería Industrial • Ingeniería en Informática
Economía Empresarial • Administración de Empresas • Contador Público • Medicina • Nutrición • Enfermería • Psicología •
Comunicación Social • Diseño • Profesorado Universitario de Educación Primaria • Orientación Familiar



Una fiesta distinta

Por Andrés Galindez

El 15 de mayo se celebró la fiesta de nuestro santo patrono, San Isidro Labrador.

Su imagen, que recorre las calles de nuestra ciudad desde hace tres siglos, este año no lo pudo hacer como consecuencia de las restricciones de circulación impuestas con motivo de la pandemia.

Vale la pena aclarar que no era la primera vez que no salía en su día. En la historia de nuestros pagos figura que cuando esto era campo tuvieron que postergar muchas veces la procesión porque los caminos que eran de tierra se anegaban o encharcaban tanto que no se podía pasar.

Sin embargo, este año la tecnología nos ayudó y, a pesar de tener

que quedarnos en casa, pudimos participar de la procesión y la misa de San Isidro en lo que fue su primera fiesta virtual.

Nuestro Club nace al amparo del santo. Y fue así que nuestros fundadores decidieron que el Club llevara a San Isidro en su nombre. Los invitamos a participar y sumarse a los festejos de San Isidro, [bit.ly/ procesion2020](https://bit.ly/procesion2020)



Líderes en seguros de caución

www.fianzasycredito.com



Fianzas y Crédito

S.A. Compañía de Seguros

15 AÑOS

N° de inscripción en SSN
0253

Atención al asegurado
0800 666 6400

Organismo de control
www.argentina.gob.ar/ssn

 **SSN** | SUPERINTENDENCIA DE
SEGUROS DE LA NACIÓN

Cambio y estrés

Por María Isabel Sabaté y Jennifer Longstaff

Fotos: Solange Baqués

Con el Club cerrado en cumplimiento

de las medidas dispuestas por las autoridades estatales, muchos de nosotros nos encontramos privados de un espacio con el que contábamos para alimentar nuestro bienestar:

para juntarnos con familia y amigos, relajarnos mirando el río, liberar tensiones mediante la realización de deportes y un largo etcétera.

El texto que sigue —compartido por dos socias médicas versadas en la materia— nos muestra, desde la óptica de la medicina del estrés, este periodo tan particular que estamos viviendo.

La pandemia por el nuevo coronavirus SARS-CoV 2 cambió radicalmente la manera en que vivimos, trabajamos y nos relacionamos. Aun adaptándonos a este nuevo modo de vivir, ya comenzamos a pensar cómo será la era poscoronavirus.

Los cambios son generadores de estrés. Gran parte de los eventos que gatillan la respuesta del estrés a lo largo de nuestras vidas están relacionados con procesos de cambios. El verbo «cambiar» hace referencia a dejar una cosa o situación para tomar otra; de cierta forma, un cambio implica separación: dejamos algo, incorporamos otra cosa.



En este proceso de transformación global, ¿qué dejamos? ¿qué incorporamos?

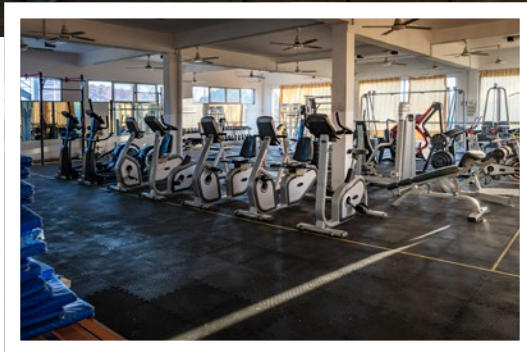
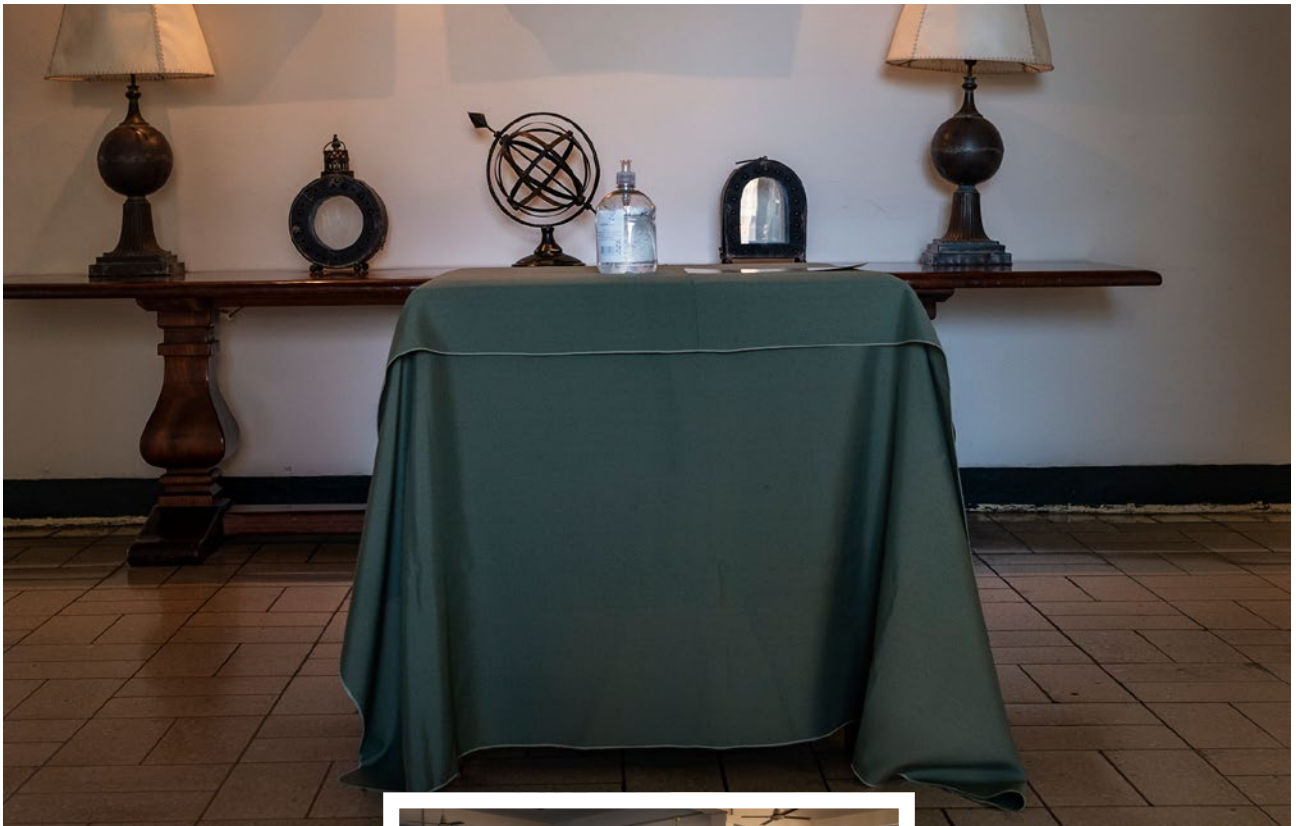
Dejamos el contacto físico del saludo cotidiano, limitamos las reuniones familiares, sociales. Estamos dejando la manera en que vivíamos e incorporando hábitos y

lecciones que quedarán de por vida.

Algunos son hábitos relacionados con el cuidado de nuestra salud física. El control de infecciones como el lavado frecuente de manos, la desinfección continua de superficies, el cuidado al toser, quedarán impresos en nuestro estilo de vida. Hábitos de vida saludable que venimos escuchando desde hace tiempo con relación a la alimentación, ejercicio, sueño, de pronto empiezan a cobrar sentido como parte de una mejor organización en nuestro sistema de salud.

Otros cambios son en relación con el área laboral —videoconferencias, home office, educación—.

Y están aquellos hábitos que tienen que ver con nuestro cuidado de la salud mental y emocional. Con una mirada más profunda de la vida. Una frase amiga presente en estos tiempos nos dice: «Mientras que no podemos cambiar la realidad de lo que está pasando, sí tenemos la libertad de elegir desde dónde la vivimos». Hay numerosos ejemplos de vida en estas palabras a través de la historia.



Tenemos una tendencia natural a ver lo que hemos perdido o aquello que nos falta. Lo cierto es que es un tiempo de incertidumbre, a su vez generador de estrés. Es también un tiempo de adaptarnos y generar nuevas oportunidades. Tiempo de unificar nuestras fortalezas, formar alianzas, crear comunidades sólidas. Crear solidez en nuestra persona.

¿Por qué nos cuesta? ¿Por qué a veces nos sentimos abrumados?

El estrés es una respuesta fisiológica ante un estímulo que percibimos como amenazante. La función primordial de la respuesta al estrés es de supervivencia. Nació como una respuesta de protección. Una vez resuelto el estímulo estresante, la respuesta al estrés naturalmente se desactiva y se establece un nuevo equilibrio.

Estamos menos preparados para el estímulo crónico donde la respuesta al estrés persiste activada en el tiempo. Como si estuviéramos permanentemente amenazados. En vez de lograr una respuesta com-

pensadora de relajación, nuestra persona sobreexigida expresa su pedido de ayuda a través de signos y síntomas variados. Estos pueden manifestarse a nivel físico —cefalea, dolor abdominal, palpitaciones—, mental —fatiga, apatía, dificultad

en la concentración— o en nuestro comportamiento —mayor consumo de alcohol, comer de más o de menos, ansiedad, depresión—.

Al inicio de la humanidad los estímulos de estrés estaban relacionados con la búsqueda de alimentos, la búsqueda de una pareja para continuar la especie... en ese entonces, el hombre se unió en grupo, en comunidades, formó pueblos y ciudades. Hoy, nuestro estímulo estresor es diferente, nos indica el aislamiento y la distancia social.

Pero volvemos a unirnos en un objetivo común: sobrevivir y sacar lo mejor de cada uno en lo personal y en comunidad.

Entonces... Mientras que no podemos cambiar la realidad de lo que está pasando, sí tenemos la libertad de elegir desde dónde la vivimos.

Superando expectativas a bordo del Náutico II





Imágenes inolvidables, lugares paradisíacos, comidas preparadas por dos chefs con una pizca de dulzura, entre nosotros una gran nadadora que sorprendía con sus brazadas para llegar a la costa para disfrutar de la playa...

Torcuato, con su silencio y su experiencia, ponía un toque mágico en todas las áreas de navegación y cuidado del barco.

Un día descubrimos una gran herramienta en la táctica del reciclaje de botellas y limpieza que hizo que nuestra estadía se transformara en un confort.

En todo momento nos acompañó la música del despertar del capitán, que con su armónica y su música favorita, «Lo quiero todo», era el aliento para empezar un nuevo día y aventura; con un toque de valentía, las aventureras volaban de proa a popa con la driza del *spinnaker* tirándose al mar.

Nunca faltó la creatividad para organizar eventos diarios y shows nocturnos, disposición a disfrutar y a conocernos más. Yo, como participante de este «gran viaje con el Náutico II», no sabía cómo iba a empezar y ni siquiera terminar, y resultó ser algo inolvidable y único.

Solo me queda decir que fuimos capaces de dar, sentir, valorar, apreciar, reír, aprender nuevos desafíos quitándonos de encima nuestro ego y apegos. Por eso me llevo de este viaje que la vida hay que vivirla y disfrutarla.

Gracias, Náutico II.

(Texto de Ana Capdepon de Imhoff)



Leer a Ana nos transporta nuevamente al Náutico II, donde cada mañana, obediente al sonido de diana, nos despertábamos y preparábamos un desayuno en popa con frutas frescas, una pila de tostadas con requesón y el inolvidable olor a café de Chantal. Mientras tanto, el barco comenzaba su marcha al ritmo de alguna zamba carioca, rumbo a otro paraíso; las palabras sobraban, solo se podía observar y tratar de retener lo más posible la sucesión de paisajes, uno tras otro.

Luego llegaba parar y buscar rápido los implementos de buceo y a seguir disfrutando lo que guarda el mar, que es de todo y un poco más, hasta una piedra que asoma en el medio de una bahía con un tesoro escondido: emanaba de ella agua dulce, llenamos los tanques del barco dos veces... parecía magia. Hoy pienso que solo siete días bastaron para que solo nosotros, la tripulación de la segunda semana de Angra dos Reis a bordo



del Náutico II, entendamos qué pasó en esos días: un capitán que garantiza el buen humor, la simpatía y el cuidado de nuestra seguridad casi sin darnos cuenta; un asistente, que con sus silencios, juventud y caballerosidad nos compró para siempre; y un grupo de mujeres que pudimos amalgamar nuestras distintas experiencias de vida, una receta, un bálsamo natural, una canción y la magia de terminar nuestro viaje con abrazos sinceros prometiendo seguirla en otro lugar.

Gracias Javier, Torcuato, Chantal, Karin, Carina, Dolores, Ana.
(Texto de Carolina C. Glansdorp de Castro Valdez)

Compartiendo lo dicho por mis compañeras, agregando y agradeciendo a esta maravillosa tripulación que me tocó y que hizo posible disfrutar de:

*Riquísimas comidas preparadas en conjunto y con mucho amor.

*Paseos a las distintas islas, acompañada de las historias de nuestro capitán, (él dice que fue diecinueve veces) y el desafío de llegar «nadando» y bucear en cada una de ellas.

*Compartir vivencias y sueños.

*Las caminatas por las Trilhas (senderos) descubriendo la naturaleza.

*Las clases de meteorología, cabuyería, astrología, arte, etc.

*Descubrir, en las noches de luna después los tragos de nuestro barman, los misterios del firmamento.

*Idear cada noche algo distinto, un juego, un baile, un disfraz y hasta una obra de teatro.

*El encuentro con un barco alemán, Haspa Hamburg; prometimos vernos en alguna regata.

*Siempre hubo alegría, emoción, placer, paz, armonía ¡y mucho más!

No hay dudas de que la travesía fue excepcional. Gracias, Náutico II.
(Texto de Loly Deheza)



Ignacio Valdez y Federico Trivascio (Clase 29er)

Javier Cagnoni,
capitán, alias
«Lo quiero
todo»



Dolores Deheza,
alias «la
recicladora»



Carina Idiazabal,
alias «la
nadadora»



Karin Heinzmann,
alias «la
busca peces»



Torcuato Jordán, alias
«la momia»



Chantal Glansdorp,
alias «la
aventurera»



Ana Capdepon,
alias «la
impecable»



Carolina C Glansdorp,
alias «Rulito»





Amoblamientos de Cocinas y Placares:

12 pagos sin interés con VISA, Mastercard y AMEX de todos los bancos de jueves a sábado.

25 de Mayo 454 · San Isidro · Buenos Aires · (011) 4747-4506 / 4711

info@johnsonsanisidro.com.ar · www.johnsonsanisidro.com.ar

Volveré siempre a San Juan

Por Juan Carlos Attwell





Haciendo rumbo RV 54 cruzando el Mitre desde la Unen B. Será esa navegación corta y placentera donde la ilusión de volver a la Barra de San Juan se irá acrecentando. La búsqueda en el horizonte de la torre. Ese encantamiento de volver a pasar la barra y buscar un lugar donde fondear. El encuentro con lugares ya conocidos de antes. Esa ensoñación, flotando en sus aguas calmas y amigas.

¿Estará todavía la playita para embicar el barco? ¿Habrá cambiado algo de cuando fui por última vez hasta que la cerraron hace aproximadamente quince años? Cuando las puestas de sol eran un rito de repetido, pero siempre distinto. Esa comunión con la naturaleza donde mientras hubiese hielo, siempre habría una escotilla amiga de la que salía alguna botella espirituosa para el sunset y el arrullo de alguna guitarra acompañando. La vida en familia. La pesca

y el avistaje de algún cisne o ciervo con mis hijos Nico, Sole y Coty. Y después, ya con la compañía del canto de grillos y algún croar de ranas, dormir plácidamente. El despertar... asomarte a esos amaneceres únicos, con los vapores que producía el sol sobre el rocío de la noche, entre esos árboles centenarios llevados por Aaron, casi un Dios mitológico que duerme para siempre al pie de su magnífica torre, construida por él con piedras rosas traídas especialmente de la India.

¡Gracias, Providencia, por haberle pinchado el globo y que ese fuese su lugar para siempre! Tanto encanto y tantas historias de amistades y de amores que nacieron y también murieron entre tus orillas, guardando mil secretos que quedarán flotando para siempre entre tus misterios de poesía, susurrados por tus ninfas en noches de verano, mezcladas con el arrullo del viento que habitan en tu bosque encantado.



Los Bajos del Temor

Por...

Desde mi ventana puedo ver un poquito de río asomándose entre árboles colorados y ocres. Estoy tan cerca, pero estos tiempos raros lo alejan a mil millas marinas. No puedo navegar más que por internet, y ahí, dejándome invadir por la nostalgia, llegué a una página de surfistas que contaba la historia de «Los Bajos del Temor». La verdadera historia.

Pero ni el Covid ni el encierro pueden contra nuestra mente, que es tan maravillosa que, entre otras cosas, nos permite tam-

bién navegar con nuestra imaginación. Y así es como me veo en una noche estrellada en la Isla Nazar, con mis tres hijos y una carpa, juntando ramitas y piñas para armar una fogata.

—Papá —me dice una vez que el fuego está listo el menor, que está en plena edad en la que le interesan los cuentos «de miedo»—, ¿hubo piratas acá en el río? ¿O solo estaban en el mar?

—¿Pero acaso ustedes no conocen la historia de Marica? —les pregunto con la mayor



cara de asombro y misterio que me sale. Mis hijos se miran entre sí negando con la cabeza—. Escuchen bien. Todo empezó una noche como la de hoy, con el cielo así despejado y miles de puntos brillantes iluminando la tierra, pero hace muchos, muchos años; tantos, que ni su abuelo, ni su bisabuelo ni su tatarabuelo habían nacido...

Yendo río arriba unos cuantos kilómetros, en la desembocadura del Paraná Bravo en el Río Uruguay, está la isla de La Paloma. Qué tendrá de especial este lugar, se es-

tarán preguntando. Se los digo ahora mismo: ahí tenía su guarida la banda de piratas comandada por Marica Rivero, una de las más feroces de todo el Delta.

—¿Marica era una mujer? —pregunta mi hija, la del medio.

—Claro. Había mujeres piratas también y algunas eran incluso más despiadadas que los hombres. Imagínense lo que eran sus atracos que los gobiernos de Buenos Aires y Entre Ríos estaban preocupadísimos, no sabían qué hacer. Tenían que organizar algo, algún operativo secreto que estuviera a la altura de las circunstancias. No podían darse el lujo de improvisar.

—¿Qué es improvisar? —Al más chico le encantan las palabras nuevas.

—Vendría a ser como actuar sin haberlo planeado antes. Les decía que estaban muy preocupados y los navegantes tenían pánico de pasar por la zona, más todavía de noche. Los que podían evitarlo lo hacían, pero los que no, estaban con un nudo en la garganta durante todo el trayecto. Hasta que de pronto llegó a los oídos de los gobernadores el nombre del teniente Agapito Zapata.

—¿Agapito? —dicen los tres a la vez en medio de risas.

—Sí, sí. El temido teniente Agapito Zapata, ojo, no cualquiera. Si había alguien que pudiera frenar las andanzas de Marica era él. Así fue como el teniente y sus colaboradores idearon un plan magnífico. Me voy a ahorrar los detalles de los preparativos porque no vienen al caso, pero sí les voy a decir que fue una noche fría, sin luna y con el viento que hacía silbar los árboles como si fueran aullidos de lobos cuando tuvo éxito la emboscada y lograron atrapar a Marica Rivero, al «Correntino Malo» y a cinco de sus hombres. Los siete prisioneros fueron transportados río abajo por el Uruguay hasta la zona que conocemos como «los Bajos del Temor». Ahí clavaron siete estacas, una para cada uno de los apresados, y los dejaron atados mientras subía

la corriente. A varios kilómetros del lugar, Agapito podía escuchar los gritos de Marica jurando venganza.

—¿Pero no los tendrían que haber atrapado y llevado a juicio? —pregunta mi hijo mayor, que desde que vio la película Erin Brocovich dice que quiere ser abogado.

—Claro. Pero parece que para Agapito la justicia funcionaba distinto para los piratas. Nunca se supo exactamente lo que había sucedido; sí se sabía que habían muerto en la emboscada, pero no que los habían matado ahogados de esa forma. Ahora escúchenme bien, porque no van a poder creer lo que sigue... ¿están atentos?

Los tres me miran con los ojos bien abiertos.

—Empezaron a circular rumores que la gente negaba por miedo: cada vez que las aguas bajaban, la banda de Marica seguía con sus andadas... Pero si antes eran feroces, imagínense ahora lo que eran con la sed de venganza que tenía su líder.

—¿Pero cómo puede ser...?

—Exacto —interrumpo—. Esa es la pregunta que se hacían todos: cómo podía ser que la banda continuara con sus abordajes, hundimientos, degüellos y demás atrocidades si estaban todos muertos. Pero ahí quedó... eran solo rumores. Hasta una noche oscura de cielo cubierto que no podía presagiar otra cosa que una tormenta... o algo peor...

Tiro un par de piñas más al fuego para aumentar el suspenso. Las chispas empiezan a saltar, pero mis hijos no se mueven.

—La bajante se hacía pronunciada; un velero de tres palos se iba acercando desde el Uruguay. Los doce pasajeros del barco cenaban en el comedor bajo cubierta. Estaban divertidos contando anécdotas graciosas mientras tomaban vino y comían pescado con papas asadas. El que no estaba para nada divertido era el capitán, por-

que andaba algo perdido por no poder ver los contornos de la costa.

De pronto, sintió un crujir bajo el casco y supo que habían encallado. Cuando fue a la proa, un relámpago iluminó el lugar y lo que vio le cortó la respiración: una mujer robusta, de pelo largo empapado que le caía sobre los hombros y le cubría parte del rostro lo miraba; detrás, seis hombres, todos con el mismo aspecto, mojados, la ropa harapienta... y largos puñales y espadas. No llegó a escuchar el trueno que le siguió a aquel relámpago... La mujer lo decapitó al instante.

—¿Y qué pasó después?

—Los del comedor seguían comiendo lo más contentos porque no tenían ni idea de lo que había pasado en cubierta. Uno de ellos, el que estaba sentado en la cabecera del lado de la puerta había sido un teniente, jefe de las tropas que había operado en el Delta unos cuantos años antes... Cuando el viento voló la puerta y apareció la mujer, la reconoció al instante. Sí. Como se lo imaginan: en ese barco estaba Agapito Zapata. Y Marica tendría su venganza. Al día siguiente, los doce cuerpos decapitados de los pasajeros y los ocho tripulantes aparecieron colgados de los palos del velero. Pocos se atrevieron a navegar por la zona a partir de ese momento. Y es por eso que la zona se llama «los Bajos del Temor». Pero como las apariciones de Marica y sus secuaces se fueron diluyendo con el tiempo, hoy pocos recuerdan esta historia y el verdadero origen del nombre del lugar...

Puedo ver desde la ventana de casa que se levanta el viento y las hojas que caen de los árboles descubren cada vez más las porciones de río que alcanzo a ver. Ya volverá el día que podremos volver a salir, a hacer campamentos en la isla Nazar, a navegar... Y quién dice si nuestra primera expedición fluvial no será hacia la zona de «los Bajos del Temor». Pero como no hay ninguna garantía de que los aparecidos se hayan retirado de ahí, tendremos que ir con los sentidos bien abiertos y evitar comer pescado con papas asadas. Por las dudas...

El viaje del Ingrid

Cowes-Buenos Aires, 1931

(Conferencia de Martín Ezcurra en el CNSI.)

Creo deber una explicación previa sobre los motivos de por qué estoy aquí, ya que me sentiría contrariado si la amistosa concurrencia que ha sido gentilmente invitada por la Asociación Argentina de Veleros Clásicos a escuchar una charla sobre «la epopeya del Ingrid» se consideraba defraudada pensando que en definitiva se les ha endilgado otra cosa.

Yo solo les voy a hablar sobre «el viaje del Ingrid» narrando una sucesión de hechos normales que respondieron a lo que corrientemente se dice «darse el gusto» y a los que personalmente no reconozco más méritos que los de haber sido primerizos para el yatching de nuestro país, llevados a cabo con muy escasos recursos y con medios elementales y primitivos.

Si sumamos a lo dicho mi pobre condición de relator, las lagunas del olvido después del tiempo transcurrido —cincuenta y seis años— y las inexactitudes y distorsiones que puede traer la edad, resulta explicable mi negativa ini-

cial a dar esta charla, que mantuve desde el comienzo de la invitación honrosa que me hiciera la Asociación de Veleros Clásicos, hasta no hace mucho, pero un consocio me reflexionó: «No compartimos, Martín, tus puntos de vista; se habla del Ingrid como de algo legendario, y de las nuevas generaciones muy pocos conocen en qué consistieron los hechos y quiénes los protagonizaron...».

Un ejemplo: en el bar del Club hay un modelo del barco y otro en el Y.C.A. Dársena Norte, y, me decía el consocio: «He oído a veces en la barra preguntas de gente joven o comentarios fantasiosos que yo mismo sentí no tener información para aclarar».

Entonces, abandonando mi posición personal, accedí, y trataré de hacer una relación de las motivaciones, preparativos y desarrollo de ese crucero precursor, cumplido hace ya más de medio siglo.

Precursor en cuanto a la cantidad de millas navegadas, 7.200, y de las aguas surcadas, no así en lo de

asomar la cara al mar y largarse a navegarlo por las suyas.

Ya desde chico oí hablar en tono de fábula de aquella gente; mi tío Ezequiel Real De Azua, de quien siendo muy joven tuve el placer de ser tripulante varios años y aprender mucho, me conversaba de Hortensio Aguirre y su barco Nemo, del Alte. Solier y su Varuna, de los Mulhall, y de los cruceros emprendidos por estos precursores hacia el mar patagónico, todos ellos rodeados de un halo de misterio y de leyenda.

El Alte. Solier murió a bordo del Varuna en la Bahía de Maldonado, e ignoro en qué circunstancias su cuerpo cayó al mar y hubo de ser rescatado. Y, como final de la historia, mi tío me llevó por el Luján arriba, al rincón de Milberg, a contemplar el casco del Varuna abandonado en seco, y todavía imponente y sugestivo en la decrepitud y la destrucción.

Creo deber apuntar un recuerdo hacia mi padre, agradecido a su legado, quien estando en 1894



últimas por un denominador común: la escasez de dinero.

Fue entonces que hicimos una sociedad Hilario Fernández, Arturo de La Serna, Carlos Saubertan y yo, en la que aportábamos una cuota modesta mensual con la finalidad de comprar un barco, que aunque viejo y caído, levantaríamos con nuestras manos para realizar el largo crucero.

La sociedad no duró mucho; cupido por un lado, presiones familiares por otro y las condiciones críticas del momento (por el año 30 corrían tiempos muy duros en todo el mundo), fueron las causas de su disolución.

en el territorio del Chubut con mi madre que lo acompañaba terminando unas mensuras, armó para el regreso con tres galeses, un pailebotito, el Domingo María Ferrari, y con él navegaron hasta Buenos Aires.

La carga eran cueros y quillangos de guanaco, algunos usados por la indiada, y oí contar a mi madre cómo ella fue la primera víctima de los parásitos.

El pobre barco —velero clásico al fin, pero usado como blanco— fue hundido años después en ejercicios de tiro de la Armada.

Todas estas conversaciones sobre hechos que sucedieron pero que dejaron una crónica imprecisa y borrosa fueron contagiándome el amor por el mar, y la continua práctica marinera de mis años juveniles me tentaba con la posibilidad de salir a afrontarlo.

Hasta que más tarde, en los años 20, tuve el privilegio de intimar con Germán Frers y luego comenzar a navegar con él en el Fjord 1º.

Germán era un compendio de todo aquello que en lo práctico y en lo técnico, en lo cultural y lo espiritual, tuviera algo que ver con el yachting y la navegación.

Aprendí mucho con él, no solo a través de su trato personal sino también por la consulta de su biblioteca, amplísima y abierta a sus amigos. Hicimos muchos cruceros por el río en el Fjord 1º y fuimos a Mar del Plata en 1927 en un viaje azaroso muy comentado en su tiempo.

Esa experiencia me animó al año siguiente a navegar con el Viraró con Justo de La Riega y Llosa hasta Río Grande y Porto Alegre, acrecentando con ello nuestro conocimiento del mar abierto.

En 1929 corríamos regatas en los indios del Y.C.A., así bautizada la clase West Solent. O.D.

Cuando no navegábamos, nos reuníamos en largas peñas donde se conversaban experiencias de otros y ambiciones nuestras de largas navegaciones, signadas las

Pero en mí la llamita quedó encendida, sentía el imperativo de hacer algo, no sabía qué, no sabía cómo, y trabajaba con la idea fija de responder al llamado del mar.

Por ese entonces logré mis primeros ahorros profesionales, saqué un pasaje de tercera clase en un motoscafo italiano y partí a Génova con la masa de la emigración «golondrina» que regresaba a sus tierras después de las cosechas, llevando mi exigua bolsa de ahorros y mi permanente desproporcionada idea con la esperanza de un milagro que pudiera hacerla realidad.

El milagro se produjo desde la llegada; entre el público del muelle, que yo miraba distraídamente desde la borda, hubo alguien que me saludó tímidamente y me preguntó: «¿Ezcurra?»

Era el cónsul en Génova, tío lejano mío que me captó por el parecido familiar.

Había visto en la lista del consulado que viajaba un homónimo y se acercó a ver de qué se trataba.

Me llevó por días a su casa y a la de veraneo hasta que me despedí y partí a Niza.

Allí compré de vigésima mano la cafetera Citröen más chiquita y miserable, y anduve haciendo mecánica ligera y cambiando gomas por el sur de Francia hasta llegar a Biarritz donde se produjo el segundo paso del milagro.

En un encuentro con Rafael Iglesias, el inolvidable «Menene», este me dijo: «Estuve con tu tío fulano, está en el hotel x.x. con la familia».

Fui a saludar y después de dos días de programas encantadores, el tío me dijo: «Mirá, Martín, te hago una propuesta que no podés rehusar y que a mí me conviene. Hemos iniciado un viaje por Europa en dos coches, con dos chauffeurs que noche a noche se emborrachan. Se me ocurre que tomes tú un coche con las chicas mayores y yo viajaré en el otro con el menos borracho y el resto de la familia. ¡Ah! y todo lo tuyo corre por mi cuenta».

Acepté y tres meses después me separé de la familia en París, con la bolsa sin sensible merma y un acopio de memorables recuerdos.

Fui a vivir a un hotelucho de mala muerte y a poco se produjo el tercer (y último) encuentro. Crucé en la calle a un gran amigo de mis hermanos que vivía en París en un atelier de pintor paquetón, nada de bohemia, atendido por un servicial matrimonio.

Le dio por protegerme y me llevó a vivir con él, pero al poco tiempo se fue a hacer deportes de invierno y me dejó solo, dueño y señor de su

techo, mi tiempo y mis pasos y con la bolsa todavía abultadita.

Entonces fue cuando decidí —¡ahora o nunca!—; determinación que transmití de inmediato a Carlos Sauberman, a Buenos Aires, pidiendo ayuda financiera para la compra de un barco.

Escribí entonces a agencias en Inglaterra y otros países europeos y estudié las propuestas antes de iniciar un viaje de selección y, entretanto, compré libros de estudio, tablas náuticas y de logaritmos, derroteros y cartas.

Dado el paso decisivo regresé a París, me despedí de mis amistades y salí para Cowes, a vivir y trabajar en el Ingrid.

Estudié solo, mientras acumulaba ofertas, las que una vez consideradas determinaron un viaje a Inglaterra, donde recorrí muchos varaderos del Solent, hasta que en Cowes me topé con el Ingrid que me gustó por su tipo, tamaño, precio y posibilidades.

El estado del barco, en cambio, no era muy bueno pero no me asustó porque estaba en mis cuentas que con dedicación de tiempo y trabajo personal había que contrabalancear la escasez de dinero, así que ahí mismo cerré la compra y escribí a Carlos Sauberman para que armara la tripulación.

Él retomó las hilachas de la vieja sociedad y, eliminándose personalmente debido al estado de su padre que estaba muy enfermo, compuso el equipo con Arturo

de La Serna, Arturo Llosa y Dick Cowpercoles.

Dado el paso decisivo, regresé a París, me despedí de mis amistades y salí para Cowes, a vivir y trabajar en el Ingrid.

El barco era un *cutter* doble proa de 10 m de eslora, 3.45 m de manga y 1.80 m de calado, con líneas de inspiración báltica, pie de roda muy lanzado y popa llena y boyante, aparejado a cangreja. Su diseño fue encargado al arquitecto naval Lilliegreen, de Gotemburgo, por un inspector inglés destacado en Kiel, puerto militar alemán, para dar cumplimiento a ciertas cláusulas del Tratado de Versalles, que signó la paz de 1919.

Se construyó allí mismo, y como después de la primera guerra mundial los materiales eran malos y escasos, el resultado no era precisamente un ejemplo de buena construcción naval.

La carpintería era de roble, madera que perdura en el mar frío, pero decae en aguas fluviales y templadas; la clavazón, pernos y buhonería eran de hierro galvanizado.

Pero el bajo precio justificaba las deficiencias, costó £330 —o sea, U\$S 1,320—, que eran unos \$3,600 de entonces. El barco había crucereado el canal de La Mancha, había estado en Las Hébridas y norte de Escocia y cruzado a Noruega, y cuando lo revisé estaba arrumbado en un galpón y hacía dos años que no navegaba. El inventario era pobre en velas y maniobra, pero bastante completo en lo general y doméstico.

Bien, y a esta altura de la charla estoy instalado en nuestro barco, es decir: trabajo, duermo y como en él, recurriendo para otros me-

nesteres a una pensión vecina, cuya propietaria, Mrs. Killey, fue con nosotros tan bondadosa una vez reunida la tripulación, oficiando de mamá, confidente, enfermera y brindando todo aquello que la mujer madura sabe aportar a la armonía y al bienestar, que merece que por ello la recuerde. No quiero detenerme en el tema de la gratitud porque son muchos mis acreedores, pero quiero destacar a Don Thomas Ratsey, el titular de la velería tan famosa en esa época. Era un espléndido viejo, dicho en el sentido más ponderativo y respetuoso de la palabra, y de su trato emanaba señorío, historia, experiencia de mar y consejo. Intimé bastante con su hijo Cris, quien me invitó a comer a su casa en las afueras en una cruda noche de invierno.

Tan fría que no dudé en forrarme bajo la dura pechera del esmoquin con un suéter del más puro estilo Tutankamon, muy en boga entonces, y que era un jeroglífico por donde se lo mirase.

Cris Ratsey me recibió con todo encanto y ya en el living me presentó primeramente a sus perros haciendo el elogio de cada uno.

«Ahora le mostraré mi caballo preferido», dijo; cambió dos palabras con su mucamo y al rato la puerta se abrió y caballo y mucamo irrumpieron en el living. Era un lindísimo animal de silla y al palparlo tuve la evidencia de su mansedumbre.

Ahí se me despertó el *clown* que todos llevamos adentro; yo, además de haber sido criado en el campo, no hacía mucho que había dejado el servicio militar, arma de caballería, y tenía ganas de divertirme. «¿Puedo montar?» pregun-

té, y Cris, un poco incrédulo, respondió: «¡Arriba!»

Lo salté limpiamente y pude aun hacer alguna pruebita aprendida en el picadero.

Y en último término me presentó a su señora, mujer fina y mundana. Ya en la mesa, estaba tan feliz por la compañía, las copas, la excelente comida y mi propia payasada, que al hacer un ademán por demás elocuente saltó el botón de la pechera y al entreabrirse la camisa, relampagueó el suéter

El Ingrid les cayó bien, fue amor a primera vista y los estimuló a trabajar con toda dedicación según las aptitudes de cada cual.

Tutankamon. Mrs. Ratsey, muy serena, tomó el tornillito y me lo alcanzó: «Creo que esto debe ser suyo», dijo, y continuó conversando. Me contagió su naturalidad, me lo puse y no me sentí muy incómodo.

En febrero llegaron mis compañeros y se instalaron asimismo en el barco, bajo galpón.

Encontraron el trabajo muy adelantado, planificado y consultado, de manera que sin pérdida de tiempo pusieron manos a la obra. El Ingrid les cayó bien, fue amor a primera vista y los estimuló a trabajar con toda dedicación según las aptitudes de cada cual.

Se recorrió todo el casco en su carpintería y herrajes, se hizo pintura

exterior total, cambio de cables del aparejo, eliminación de tensores y cambio por vigotas, acortada del pico, recorrida de velas y caballería, eliminación del motor, una antigualla Renault, y relleno de los huecos de hélice en timón y codaste, se instalaron tanques adicionales nuevos para agua potable, etc., etc... En fin, todas las minucias que hay que prever ante un derrotero sin posibilidades de ayuda en muchos de sus tramos, y menos sin radio a bordo.

En cuanto a navegación, el barco contaba con un compás en caja y nada más. Pedí al Y.C.A. un viejo sextante que yo sabía olvidado en el pañol, que trajeron los tripulantes, y por consejo del relojero de Cowes encargué a Londres un reloj de bolsillo de buena marca y metódicamente observado al que le hice una caja especial. Eso, mis tablas náuticas, unas paralelas, una corredera antigua de bulbo

de madera y aletas regulables, un barómetro y las cartas indispensables para las recaladas fueron todo el equipo.

A mediados de marzo el barco fue botado e hizo agua como un cajón; su tablazón de forro no tenía calafateo, sino que era ajustada a canto con canto y nos habían recomendado no innovar. Lo amarramos al costado de un malecón y empezó la faena de achique hasta que nos dimos cuenta de que el procedimiento podía resolverse automáticamente porque en bajar el barco quedaba en seco y el agua interior se escurría sola, y con la amplitud de mareas que hay en Cowes, de hasta quince pies, la operación estaba asegurada y en dos días el barco quedó estanco. Todavía hacía frío, hubo

algunas nevadas y el Medina River evacuaba bloquitos de hielo en las bajantes. Pero salimos al Solent a probar el barco y nos sentimos muy satisfechos de nuestro trabajo, y ya lo único que ansiábamos era zarpar.

Completamos nuestro velamen a dos mayores viejas y una nueva, dos capas y siete velas de proa entre las que figuraba un redondo, vela rectangular de verga que, hecha con un pedazo de *spinnakers* del Britannia —el clase J del rey Jorge V—, nos regaló Don Thomas Ratsey para correr los alisios.

Cargamos alimentos, cosa no muy fácil pues no existían los recursos y preparados industriales de hoy, pero yo había profundizado ese renglón a fondo, incluso en su aspecto nutritivo y vitamínico, convencido de que la comida racional, agradable y no repetida es un factor de buen ánimo en la tripulación.

Cargamos agua, arriba el chinchorro, vino el cura católico, un escocés austero, y cristianizó a la pagana Ingrid con palabras y un rocío para ella desconocidos.

Y así, sin motor ni electricidad, ni radio ni gas, ni guardamancebos ni molinetes, ni tantos otros perfeccionamientos y ayudas con que cuentan los barcos de hoy, nos consideramos listos para zarpar.

Pagamos cuentas, nos despedimos de nuestras amistades, suspiramos por lo que dejábamos y por lo que íbamos a buscar y el 30 de marzo a las 12 largamos amarras cambiando saludos río abajo con el Island Sailing Club. Dos horas más tarde salíamos al mar por la embocadura del Solent, las Needles, con buena brisa del Sudeste y rizaditos. El destino propuesto era

Vigo, España, pero las circunstancias variaron el propósito.

El barómetro cayó fuertemente, el viento saltó a los cuadrantes 3.º y 4.º y, al día siguiente, soplaba con fuerza de temporal, lo que nos obligó a correr a palo seco con ancla de mar por popa.

Un hombre de guardia, amarrado, reclamaba a veces que el resto se asomara a gozar del espectáculo

Amarramos en el Cornwall Y.C., buscamos velero porque el violento recibimiento que nos hizo el canal había dejado serios deterioros en la mayor. El sistema de rizar era muy defectuoso, de enrollar con medialunas en el aparejo de escota; una de ellas perdió las bolillas de madera y de noche actuó como cuchillo abriendo tajos en la vela, y asimismo en la tripulación había ganas de descansar y recomponer el equipo de a bordo.



que era de una belleza dramática, a veces caricaturesca, porque la marejada era muy corta, arbolada y desordenada. Una imagen imborrable me quedó de ese día: un queche de Brixham, barco velero de pesca, a la capa en ese mar imponente.

Habíamos tenido averías diversas, de difícil arreglo a bordo, por lo que decidimos una arribada a Falmouth, desandando millas pero procurando orden y seguridad a bordo y, al día siguiente, entrábamos a la espléndida bahía con un nordeste de fuerza ocho.

La gente del club fue cordialísima; algunos socios eran retirados que habían trabajado en la Argentina y nos pasearon por el condado acompañados por una chica inglesa que era una belleza: ojos verdes, pelo negro liso y cutis cetrino, parecía una andaluza. Ante nuestra extrañeza nuestro anfitrión dijo: «Esperen, les explicaré...», y nos llevó a una caleta agreste y protegida de la costa: Müllion Cove.

«Aquí», nos dijo, «han desembarcado sorpresivamente romanos, normandos, sarracenos y español-

les, y depredaban, robaban y todo lo demás». Se explicarán ustedes ahora el origen de estas flores. El Cutty Sark, famoso *clipper* del té, estaba fondeado cerca nuestro y era una visión maravillosa. Había sido recuperado a los portugueses por un magnate británico y restaurado a fondo con su aparejo original: *full rigged ship*, fragata a todo trapo, y en ese momento alojaba una escuela de *sea scouts*. Hoy está en dique seco en el Museo Marítimo de Greenwich.

Tras cinco días en Falmouth zarpamos para Vigo el 7 de abril. El golfo de Vizcaya con toda su fama de mar inclemente y borrascoso nos trató con guante rosa.

A poco el viento se franqueó y días soleados y noches estrelladas nos acompañaron durante las seiscientas millas de recorrido permitiendo una correcta navegación de altura y cocina y vida de cabina casi hogareñas.

A la madrugada del quinto día se avistó el faro de Finisterre remarcado por las luces del intenso tráfico marítimo. Ese día costeamos las bocas de las pintorescas rías gallegas que dejábamos atrás con el sentimiento de no poder visitar; nos alcanzó el Cap. Arcona, viejo conocido de Dársena Norte, y a la tarde entramos en la magnífica bahía de Vigo donde fondeamos en el puerto de pescadores por las nuestras y con cadena liviana. Imposible informarse sobre qué teníamos que hacer: ninguna autoridad estaba en su sitio, era descanso dominical y por añadidura había jaleo político pues Alfonso XIII de Borbón abandonaba el trono y se exiliaba en Francia.

Después de muchos paseos e invitaciones, y a la vuelta de una de esas, no encontramos el barco en

su lugar. Estaba amarrado a un pesquero de altura. ¿Qué había pasado? Se había levantado viento, un eslabón fallado del fondeo se abrió y el barco salió resueltamente a la bahía. Lo remolcó el pesquero que entraba, averiguó el caso y rastreó y además recuperó el ancla. Cuando quisimos gratificarlo se negó: «De ninguna manera, señores, Uds. hubieran hecho lo mismo, hoy por ti, mañana por mí...». Muy español, por cierto.

Tres días en Vigo bastaron para amarinar y aprovisionar el barco.

¿Qué había pasado? Se había levantado viento, un eslabón fallado del fondeo se abrió y el barco salió resueltamente a la bahía.

No digo descansar porque la hospitalidad gallega parecía ignorar el término, y el 15 de abril zarpamos llevando un pasajero hasta la isla de Toralla. En el trayecto el Cap. Polonio, otro viejo conocido del puerto de Buenos Aires, nos pasó muy cerca, a tal punto que cambiamos saludos a gritos con Enrique Sieburger, quien nos reconoció por la bandera.

En la Porta de Cies, a la salida de la bahía de Vigo, iniciamos con viento franco la pierna a lo largo de la costa española y luego portuguesa con destino a Sevilla.

¿Por qué Sevilla? Yo había estado hacía unos meses en mi gira terrestre y dejado buenas amistades que me hablaron de la Feria de Abril y me comprometieron a visitarla; se lo comuniqué a la tripulación que se prendió entusiasmada.

Bien, pasado el cabo Silleiro, los dos primeros días de navegación fueron normales y placenteros, después el viento arreció y comenzaron las averías por desgaste o accidente. Se rompió la mayor por fricción de las crucetas, se desprendió la «Y» del penol de la botavara y etc., etc., pero todo se reparó en navegación: costura, embolado de crucetas y herrería. El 18 se dobló el cabo San Vicente y se avistó la punta de Sagres, desde donde el rey Enrique, el navegante, dio un decidido impulso a la náutica, rodeado de cartógrafos,

astrónomos y marinos que proyectaron las grandes exploraciones portuguesas del siglo XV.

Ya en el golfo de Cádiz, pusimos proa a la embocadura del río Guadalquivir calculando llegar al día siguiente pero la corriente nos derivó al sur, hacia Cádiz, cuyas blancas siluetas

aparecieron al amanecer. Debimos bordear para remontar hacia el Guadalquivir y en uno de los bordes enfrentamos una kilométrica red cuyos flotadores corrían desde la costa hacia un barco fondeado dos o tres millas afuera; después de pensarla y recorrerla un trecho decidimos traspasarla a todo camino, se hundieron los flotadores, reaparecieron y ya estábamos en aguas libres.

En el golfo hay muchas de ellas destinadas a pescar atunes, pertenecen a empresas o cooperativas. Algunas tienen hasta ocho millas de largo y figuran marcadas en las cartas.

Remontamos, entonces, el río aprovechando los repuntes de marea y con buenos vientos. Las riberas se fueron civilizando a medida que ascendíamos, primero

dunas y marismas, pero poco a poco se transformaron en campos, ganadería y cortijos con naranjales en flor que impregnaban el aire con delicioso perfume.

Alguna varadita hubo, por supuesto, aprovechada para la limpieza personal y del barco. Amarramos en Sevilla entre el puente de San Telmo y la Torre de Oro, como quien dice en Corrientes y Florida.

Empezaron a caer amigos y corrieron invitaciones de todo tipo. Sevilla era una fiesta viva y nos tocó de todo: visitas a cortijo con tientas de ganado bravo (no actuamos, por supuesto), jineteadas, bailes, guitarreadas y flamenco, almuerzos y comidas, corridas de toros y algo de juerga nocturna. Pero también trabajamos: varamos el barco en pleamar manteniéndolo vertical en bajamar con drizas a anclas y árboles, y sacamos el timón, cuyo cabezal fuera dañado por una chata, aprovechando para limpiar a fondo.

Trece memorables días pasamos en Sevilla y finalmente, a comienzos de mayo, regresamos hacia Sanlúcar de Barrameda para iniciar la etapa a Canarias, hacia donde zarpamos el 5 porque quisimos conocer algo de Sanlúcar y llevarnos impresiones de este sitio, de donde partieron Colón en su segundo y tercer viaje, y Magallanes y Elcano en el de circunnavegación del mundo.

Al principio el tiempo estuvo achubascado y con gruesos nubarrones, recién al segundo día el viento se afirmó del Norte y el barco comenzó a correr en marcha sostenida.

Aparecieron los primeros peces voladores y alguna tortuga.

Confiando en el alisio, Llosa y yo armamos e izamos el redondo por primera vez, que a la par de efectivo daba al barco un aspecto tradicional y pintoresco. El aparejo de escota nos rifó nuevamente la mayor, que en adelante usamos muy rizada, pero el redondo nos defendió el camino y las singlaturas crecían progresivamente: ciento cuarenta, ciento cincuenta, ciento sesenta millas y sus picos.

El día 10 se perfiló a proa la isla Gran Canaria adonde llegamos a media tarde fondeando en el Puer-

Aparecieron los primeros peces voladores y alguna tortuga.

to de la Luz frente al Club Náutico. Lo mismo que en las anteriores escalas en tierra española, se repitieron aquí la cordialidad y los agasajos, con paseos por la semiárida isla y sus valles más cultivados.

Supimos que en Tenerife, isla vecina, estaba el pequeño *schooner* Evalu, en el cual el profesor español Blanco y su hija de ocho años, después de haber cruzado el Atlántico Norte desde Estados Unidos a España y dejado allí a su mujer, proseguían un viaje indeterminado. Nos despedimos de Las Palmas y fuimos a visitarlos, pero el recibimiento en el puerto de Santa Cruz fue tan afectuoso que malogró nuestras intenciones de intimar con Blanco y la pequeña Evalu, y los instantes de tranquilidad que necesitábamos, incluso para darle una mano al barco, fueron muy pocos.

Nuevamente hubo paseos: al Valle de Orotava, el más memorable,

una función de teatro en nuestro honor, atender una delegación de la Universidad de La Laguna, etc.; si bien hubo otras actividades menos cultas, como ser dar caza a una rata polizona subida en Sevilla seguramente y que sucumbió a una fumigación de azufre, o pasar una noche de perros garreando el Evalu, garreando el Ingrid y otro barco, dando y recibiendo ayuda hasta quedar amarrados a un pontón.

Por fin el 21 de mayo, después de aprovisionar el barco, recibir regalos —entre ellos, un monumental cacho de bananas, orgullo de la producción local—, dejamos Santa Cruz hacia las islas de Cabo Verde, escoltados por el infatigable cónsul argentino (que era español) en una lancha con una desmesurada bandera y su séquito. Los dos primeros días fueron de suaves brisas y a veces calmas con mucha mar de fondo, lo que obligaba a arriar para evitar desgastes en el velamen y aparejo. Recuerdo que, una madrugada, a ciento quince millas de Tenerife todavía era visible el pico de Teyde.

Pero en adelante el alisio del NE se afirmó y comenzó la aparente rutina, siempre novedosa, de la vida a bordo, en la que ya estaban definitivamente incorporados la costura, los zurcidos y los parches en el velamen. En la mesa se festejaban conjuntamente el 25 de mayo, el cruce del trópico y la visión de constelaciones australes amigas: Cruz, Centauro, etc. Uno de los platos placenteros de esos días eran los peces voladores fritos en aceite español y rociados con jugo de limón de Tenerife.

Todas las noches, el vuelo a ciegas dejaba alguna cosecha: el timonel, al oír el impacto en la vela o en el casco, revisaba rápidamente la cubierta y el balde amanecía con la ración para el menú del día.

Los tres últimos días de la semana que duró la etapa, el alisio sopló fuerte, veinticinco nudos de promedio con picos de chubasco. Cuidando la mayor y por haberse torcido el perno del enrollador, la arriamos y navegamos con redondo solamente, alcanzando singladuras de hasta ciento treinta millas.

La noche del 28 fue una noche intranquila y preocupante, propia de las circunstancias: estábamos corriendo con tiempo duro hacia una costa de sotavento que debíamos embocar por el único canal posible, el de São Vicente.

Sentíamos la tierra cerca y la noche era boca de lobo. A la 1:30 del 29, calculando estar a escasas millas de tierra, decidimos arriar el redondo y preparar el velamen de capas, cuando en eso el grito de: «¡Allá está!», nos ubicó con el faro Olho de Boi, ya en la boca del canal. «¡Qué alivio, mi Dios!»

El faro de veinticinco millas de alcance solo fue avistado a cinco, presumiblemente por la falta de visibilidad producida por la pulverización de las crestas del oleaje en mar muy agitado. Dije: «¡Qué alivio!». Debo añadir, asimismo: «¡Qué seguridad para el navegador autodidacta, que así veía compensadas las noches de estudio en París!».

Izamos capa y foque dos, y entramos en la bahía de Porto Grande escorados por fuertes rachas que bajaban de las montañas, y al aclarar fondeamos a dos anclas frente a Mindello. Teníamos como vecino a la gallarda barca de tres palos, escuela de la Armada portuguesa, la Sagres.

São Vicente, otrora puerto carbonero muy importante, pasaba por una seria crisis debido al cambio de

sistema de combustión de los buques de ultramar. Había pobreza y hambre y eso nos afligía porque la gente era buena y como raza exhibía espléndidos tipos, sus nadadores y buceadores tenían fama.

Hicimos migas con el capitán del puerto, un portugués afable y bien trazado, casado con una belleza negra retinta, excepcionalmente corriente y distinguida. Nos divertieron con cuentos de Alain Gerbault, quien vivió allí cerca de un año cuando perdió su barco en la isla São Antonio y lo reparó en São Vicente.

**-¡Allá está!, nos ubicó
con el faro Olho de
Boi, ya en la boca del
canal. - ¡Qué alivio,
mi Dios!**

El Sagres nos brindó amistad, mesa, baños y ayuda de toda índole: velero, carpintero, herrero y peluquero también. Todos, de comandantes a grumetes, ¡qué buena gente y qué eficientes! Allí dejé mi reloj en comparación antes del cruce del Atlántico. Cargamos provisiones frescas para un mes y medio: calabazas, papas, arroz y otros granos, huevos que estratificamos en sal, jamón crudo, cebollas, limones, bananas, etc., y completamos agua. Después de seis días de estadía nos despedimos sentimentalmente de nuestras amistades y zarpamos hacia Río de Janeiro.

Todos ustedes han oído hablar de la zona de calmas ecuatoriales que rodea el mundo oceánico, algunos científicamente, otros novellescamente. Lo cierto es que esta zona en el Atlántico se establece a unos grados al norte del ecuador geográfico, ascendiendo en lati-

tud o acercándose al ecuador en acuerdo con la declinación del sol.

Las cartas piloto del H.O. de Estados Unidos en sus ediciones mensuales fijaban la amplitud de esa zona de calmas para todo el ancho del Atlántico, aconsejando la ruta de los veleros puros para cada caso. Nuestra meta fue buscar una angostura teórica que deberíamos encontrar en lat. 7º N y long. 20º O, aproximadamente, y nos trazamos ese plan como primera etapa confiando caer al ecuador unas trescientas millas más al este del meridiano de São Vicente, con lo que, además de encontrar o no la angostura, esperábamos recibir más francos los alisios del hemisferio sur.

Esta táctica nos apartaba del derrotero de los buques que hacían el tráfico entre Europa y Sudamérica, lo mismo que con el cabo de Buena Esperanza, y por ello durante los veintinueve días que duró la travesía, en veinticinco de ellos solo vimos cielo y agua y sus expresiones de la vida natural.

Al día siguiente de dejar Mindello, en un bandazo se abrió una soldadura del viejo tanque de agua y perdimos su contenido pero nos quedaban los nuevos y nos propusimos aprovechar cada chaparrón para canalizar la lluvia en la vela y mantenerlos llenos. Así se hizo.

Brisas livianas nos impulsaban hacia la zona de calmas en un mar lleno de vida, peces voladores huyendo de las doradas eran a veces atrapados en el acuatzaje, aparecía algún tiburón y los delfines jugaban y saltaban alrededor. Finalmente, el 10 de junio tuvimos la evidencia de haber llegado a la meta, calmas chichas y ventolinas

con densos nubarrones que se descargaban en aguaceros, calor en todo momento y un mar de fondo permanente que a la par de incómodo malograba el poco camino del barco.

Hubo que navegar como en regata para bajar latitud hacia el sur, pero dos días después una brisa sostenida de fuerza tres soplabla desde los cuadrantes segundo y tercero.

Sentimos que habíamos dejado las calmas atrás acertándole a la angostura tal vez porque el tramo conflictivo no superó las cuarenta millas. El viento se mantuvo por dos días del SO y SSO, lo que nos aconsejó un borde largo al sudeste y después, desde el sudeste, se estableció el alisio que con moderadas variantes de intensidad y dirección nos acompañó por más de dos semanas. La vida a bordo se regularizó y se hizo dulce porque por días y días el rumbo era casi fijo y la escora moderada. Se vivía bien, la comida era variada y sabrosa, se navegaba correctamente y se zurcía, cosía y emparchaba a veces con cubierta seca, porque el taller de costura nunca estuvo cerrado.

La higiene se resolvía a baldazo limpio. Solamente Llosa a veces se tiraba al mar cuando no había aletas a la vista. Tengo anotado en bitácora «circo acuático». Puede deberse a salto de pez espada o marlín, o a una ballena que jugueteó durante media hora por debajo del casco, calculé su eslora en doce a catorce metros. Jueguito muy interesante, por cierto, si bien poco tranquilizador, aunque entonces no conocíamos los accidentes que han ocurrido estos últimos años.

Unos tres días antes de recalar en Cabo Frío calculamos estar sobre el banco Victoria, a doscientas cuarenta millas de la costa y, aprovechando una calma, sondamos con un ancla liviana, dimos fondo a veintiocho brazas y esta prueba nos confirmó la bondad de la navegación.

El 2 de julio, con 3125 millas en la corredera y 28 días de navegación, desde Cabo Verde montamos Cabo Frío y, al mediodía del 3, fondeábamos frente al Club fluminense (hoy Y.C.R.J.) en Río de Janeiro.

Entretanto llegó a Río, Carlos Sauberán propietario conmigo del Ingrid, para embarcarse con nosotros.

Me divierte aclarar que el error de longitud en la recalada de Cabo Frío fue inferior a dos millas. ¡Se portó el reloj de bolsillo! En Río hubo agasajos, como es de suponer, y quiero destacar la amistad y ayuda que en todo momento nos brindó el cónsul argentino, Juan José Varela y su Sra., que era una Montes de Oca, bueno, eran gente de San Isidro.

Busqué varadero por la barriada del puerto para echar a tierra, recorrer y hacerle fondo y pintura al barco, pues en alguna zambullida constatamos que la obra viva era un jardín zoológico subacuático de lapas y otros organismos. Lo sacamos en Cajú, en los confines del puerto de ultramar, y esta vez tuvo como vecino al gigantesco avión alemán DO-X que acababa de cruzar el Atlántico con bastante resonancia. Allí trabajamos sin visitas ni interferencias.

Entretanto, llegó a Río Carlos Sauberán, propietario conmigo del Ingrid, para embarcarse con nosotros.

Dada la circunstancia de haber entrado a puerto de paso para Buenos Aires el Kutch de bandera inglesa Bonnie Joan (que después lo fue de bandera argentina), hubo acuerdo con Dick y la gente del queche para que este tripulara con ellos.

Y así, después de veintitrés días de Río, nos largamos con destino al Río de la Plata con una brisa del SO que obligó a bordejear. Llevábamos el velamen nuevo de Ratsey hecho con paño de lino muy fuerte, adoptado por los botes salvavidas del Real Servicio Británico, con lo que el taller de costura quedó definitivamente cerrado.

Pero el barco durante su estada en Río se había resecado notablemente; el fondo hinchó una vez a flote y se hizo estanco, no así la obra muerta que con la escora era tal colador que a las cincuenta y cinco millas de Río, cansados de achicar, decidimos regresar e investigar y humedecer el casco. En cuatro días de baldeo y manguera el problema se solucionó y el 4 de agosto zarpamos definitivamente hacia el Río de la Plata.

No quiero excederme en el abuso del tiempo y la atención de ustedes con la relación pormenorizada de esta última etapa porque apenas además supongo que para muchos de los presentes los acontecimientos pueden ser comunes en la navegación oceánica, pero quiero destacar tres factores que incidieron a darle interés y fijarla en los recuerdos como entre las navegadas más memorables.

Primeramente, destacaré la inclemencia del tiempo invernal que en general nos tocó: nublado con

lluvias, ventoso de regular para arriba y frío. Nada propicio para navegación astronómica, cocina y buena vida. Los vientos soplaban sucesivamente del primer y tercer cuadrante con violencia, a veces con fuerza nueve, como contrincentes en una cancha donde al barco le tocaba el rol de ser la pelota y el mar era extraño, imprevisible, alteroso.

La segunda circunstancia era la falta de equipo apropiado por parte de la tripulación para afrontar ese medio ambiente. Nuestra ropa de agua estaba muy deteriorada después de cuatro meses de página y que no pudimos reponer en Río porque en esa época allí era prácticamente desconocida. Yo pensaba que hubiera sido sencillo encontrarla confiado en que en Buenos Aires resultara fácil conseguir los tradicionales encerrados amarillos con suéter para marineros y tamberos, que comprábamos por pocos pesos en el paseo de julio, pero no fue así. Yo mismo fui al Ministerio de Marina y tuve una agradable entrevista con el ministro y lo único que obtuve fue cortesía, de manera que salimos, como se dice, con lo puesto y algún impermeable ciudadano. Eso, en un clima que no facilitaba el secado de la ropa, hizo la vida bastante dura para la tripulación.

Y la tercera condición para el recuerdo fue la determinada por dos acontecimientos críticos y sorprendidos que mencionaré en su momento en la relación general de la etapa.

Bien, estábamos en que dejamos Río el 4 de agosto y los dos días subsiguientes fueron de un noreste regular en que el barco con el fondo limpio caminó bien, llegando a hacer 165 millas en la segunda singladura.

Después calmó y el tercer día sopló un SO con lluvias que fue arreciando hasta llegar en la tarde a fuerza nueve.

La marejada era imponente pero además complicada, como lo he dicho, al ser interferido el oleaje propio del pampero por la inercia de la mar de fondo dejada por el noreste. El barco fue puesto a la capa con timón amarrado y nadie sobre cubierta. Los cuatro descansábamos recostados y así se estaba bien, con media puerta de la escotilla abierta para ventilación y vigilancia. En un

El Ingrid levantó su proa y cayó fuertemente tumbado sobre la banda de babor iniciando una vuelta de campana que no alcanzó a dar.

momento dado oímos el ruido *in crescendo* de una rompiente que se acercaba y que alcanzó a descargar su masa líquida sobre el barco envuelto en su seno. El Ingrid levantó su proa y cayó fuertemente tumbado sobre la banda de babor iniciando una vuelta de campana que no alcanzó a dar.

Al estruendo del mar se sumó el estrépito de una catarata de cosas que eran despedidas de sus sitios y caían sobre babor y el techo de la cabina, batería de cocina y vajilla, tarros abiertos, comestibles, libros y ropas además de tripulantes.

Carlos fue proyectado de su cucheta y rompió el espejo en la otra banda, y Llosa en su conejera trataba medio atontado de salir entre la lluvia de cosas y el chorro de

mar que entraba por la escotilla entreabierta. Entretanto el juez supremo le iba contando los segundos al barco, que se levantaba hasta que dejó de entrar agua. Dos saltamos como estábamos a arriar la capa y establecer ancla de mar; los otros dos baldeaban el agua interior al *cockpit*. Cuando se terminó la maniobra y dejábamos el barco protegido por ancla de mar y tres bolsas de aceite, pudimos medir el descalabro interior, que era caótico, y comenzar pacientemente a recomponer todo.

Índices insólitos de la experiencia fueron el cuchillo de la cocina clavado por su propio impulso en el techo de la cabina. El sextante y el reloj aparecieron debajo de una colchoneta entre deshechos de arroz, huevos y cacao. Huelga decir que también quedó tiempo para conversar la experiencia y tomar algo caliente. Esto sucedió a 365 millas de Río y 80 mar afuera de la isla de Santa Catalina; yo, por lecturas, conocía ya varios casos de *knock-down* y me interesó mucho haberlo vivido.

Al día siguiente quedamos a la capa y recién el 9, con el viento amainado, todavía del SO, reiniciamos la navegación con tiempo encapotado, a veces lluvioso, nieblas y luego con tendencia a franquearse. Aparecieron albatros, petreles, entre ellos la simpática paloma del cabo, algunos pingüinos, pues estas aves remontan hacia el norte en invierno. En las pocas encalmadas que hubo esperaban su ración cerca del barco mansos como gallinas. Norestes y sudoestes tuvieron todavía dos *rounds* más en esos días, con vientos de hasta fuerza siete y hubo nuevas averías que improvisada-

mente fueron reparadas a bordo, no ya en la velería sino en herrería.

La botavara nos dio trabajo, pero con el ancla de respeto como yunque, fierros viejos, algunas herramientas y saliva en las manos las cosas fueron adelante. El noreste volvió a dominar con intensidades moderadas a fuertes, y ahora voy a relatar en la forma más esquemática posible algo que nos sucedió y que pudo tener serias consecuencias.

En la madrugada del 16 vimos el pantallazo de un faro que dadas las condiciones del tiempo no pudo ser identificado fehacientemente pero presu- mimos que fuera Chuí.

El tiempo estaba malo, el barómetro cayendo y el noreste arreciando y entonces, ante la eventualidad de un nuevo frente frío, decidí mantenerme a tiro del puerto La Paloma, cabo Santa María.

Tracé tres rumbos, el primero de apertura de la costa, el siguiente paralelo a ella y el último concurrente al cabo. A las 10:30 de la noche, noche como boca de lobo, oímos los llamados apremiantes de Carlos que estaba de guardia tratando de cazar las velas para salir de un atolladero. Veníamos corriendo con mayor muy rizada y foque y el barco estaba bajo un aparejo muy poco indicado para barloventear, cuando Carlos divisó rompientes a proa, a babor. Rápidamente salimos rumbo al NO. En aguas aparentemente limpias y a la media milla, encontramos nuevamente rompientes que esta vez parecían ser sobre la playa. Viramos al sudeste y otra vez a la media milla las rompientes primeras y mugidos de lobos marinos.

La maniobra fue repetida y controlada, entretanto yo buscaba en las cartas donde se daba la posibilidad de esas condiciones. Convinimos en que podía producirse entre la isla seca de Cabo Castillo y tierra firme donde existe un pasaje limpio y profundo, y con el corazón en la boca derivamos.

Pasamos entre la isla y la playa sobre fosforescencias extrañas y estelas luminosas de lobos que nos escoltaban.

En la madrugada subsiguiente vimos Cabo Santa María y la estima

Pasamos entre la isla y la playa sobre fosforescencias extrañas y estelas luminosas de lobos que nos escoltaban.

retroactiva nos certificó que sin proponérselo habíamos estado en Cabo Castillo, en una visita inesperada y nada grata, por cierto.

Un misterio que nunca pude aclarar es por qué no avistamos el faro de Cabo Polonio habiendo pasado tan cerca.

Y el otro misterio, del porqué incidimos en Cabo Castillo, lo aclaramos de inmediato: el faro que tomamos por Chuí era el de Alberdaño situado unas cuarenta millas al noreste, en consecuencia la derrota trazada recaló a una parecida distancia antes del Cabo Santa María.

Este episodio se prestó entre nosotros a críticas y moralejas. La primera, que cuando se tiene una navegación incorrecta, la astronómica, por falta de cielo y la estima

por capeadas, corridas y corrientes modificadas, no conviene jugarse la carta de la costa, más vale la de mar afuera. La segunda es que cuando se avista un faro hay que verificar de cuál se trata y no hacer planes sobre hipótesis dudosas. Y la última es que en puerto está bien lo del halago, el trabajo y la diversión, pero también hay una obligación creada para con la próxima etapa. Yo debí haber ido en Río a hidrografía para hacerme de publicaciones locales y no lo hice. Me quedaba más cómodo afrontar la costa con derroteros franceses de segunda mano, conseguidos allá en París.

Después de lo relatado, lo demás del viaje es rutina, agradable y expectante, desde luego, porque ya estaban cerca la patria, la familia y las amistades. Tuvimos otro frentecito del O antes del llegar a Punta del Este que nos trajo varios pájaros a bordo. Pudimos socorrer a algunos, dos jilgueros, un chin-golo y una calandria que fueron anidados en una lata.

Aprovechando una amainada, hicimos una pierna a tierra y soltamos los sobrevivientes. La calandria llegó, damos fe, y espero que en el Valle de Josafat esa acción sea computada para balancear otras culpas.

En Punta del Este amarramos dos horas para telefonar a Buenos Aires y continuamos a Montevideo. Allí tuvimos un anticipo de recepción. Estaban el Shaheen de Eduardo Crespo representando al Y.C.A., el Tiburón con Hugo Tedín y Carlos Ezcurra, y el Fram de Stunz, dueño del diario El día, de La Plata. Gran emoción en el encuentro, lo mismo que con los caracterizados y, añadiré, característicos amigos uruguayos que allí teníamos.

Por fin, el 23 de agosto en alas de una linda sudestada, entramos al puerto de Buenos Aires y tomamos la amarra en el Y.C.A.

La llegada a Buenos Aires tuvo mucha resonancia, inclusive acústica, pues sonaron todas las sirenas de los buques en el puerto, la costanera estaba colmada de gente bajo la llovizna y la prensa de esos días puede dar testimonio de la importancia que se le adjudicó al viaje, sobre cuyos comentarios no interesa detenerse pues si hubo en ellos algún contenido positivo y serio, también lo hubo, y mucho, de sensiblero y sensacionalista.

¿Qué pasó después? A comienzos de 1932 se produjeron dos importantes sucesos para el yachting argentino: la primera regata a Mar del Plata y el crucero transatlántico en solitario de Vito Dumas en el Legh 1º. Después de eso, el historial deportivo del yachting en nuestro país se enriqueció rápida y progresivamente hasta llegar al intenso desenvolvimiento actual.

Se multiplicaron las regatas de crucero, la construcción y diseño naval progresaron bajo normas de la más alta tecnología, los cruceros de largas distancias oceánicas se hicieron frecuentes, Vito Dumas, «el Gaucho», y muchos otros. Las regatas en el exterior dejaron bien sentado el prestigio de barcos y tripulaciones, y la industria de accesorios y la prensa del yachting tuvieron producciones muy ponderadas dentro y fuera del país.

No menciono esto como insinuando una consecuencia, no por favor, pero puede ser una coincidencia o el curso de una evolución general. Pero, si el viaje del Ingrid que fue realizado nada más que para

«darse el gusto» dejó alguna siembra para ese proceso, bienvenida ella y una satisfacción en más para quienes lo llevaron a cabo.

¿Y qué fue del barco? Carlos y yo lo mantuvimos hasta el año 44, creo; corrí dos o tres regatas a Mar del Plata, llegué 2.º en la primera y ganamos las dos etapas, ida y vuelta, en la segunda. Luego varias a Montevideo, cruceremos a Punta del Este y río Uruguay arriba. En 1936 me casé con Vivien, reforcé el casco con planeros metálicos y con ella hicimos un cruceo de dos mil millas a Brasil.

Una noche de viento sur fuerte en la bahía de Montevideo cortó la amarra y fue a estrellarse contra las defensas de piedra de la costa y se hundió.

Después la familia creció, la vida no era fácil y tuve que venderlo. El barco amarró en Olivos y no navegó nunca hasta que lo compraron unos uruguayos y lo llevaron a Montevideo. Me contaron que allí hizo de taberna, fue usado solo para jaranear, comer y beber.

El pobre barco nostálgico de mejores tiempos de mar abierto, otras tierras y horizontes y la caricia del agua surcada bajo su casco debe haberse sentido avergonzado y ofendido.

Una noche de viento sur fuerte en la bahía de Montevideo cortó la amarra y fue a estrellarse contra las defensas de piedra de la costa y se hundió. Un caso de suicidio.

Desde que me contaron la historia nunca pude averiguar detalles por más que escribí a amigos del Y.C.U. que ya no estaba en la bahía sino en buceo, pero no obtuve respuesta.

Hace dos años tuve un «mensaje» «de profundis»: alguien me hizo llegar un pedazo de loneta muy viejo aparecido en un pañol del Nautilus Y.C. en Montevideo en el que se leía el sello de Ratsey & Laphorn-Cowes-Stay Sail-Ingrid. Era un pedazo de una bolsa de trinquetilla.

¿Y qué fue de los tripulantes? Lamentablemente ninguno de ellos está entre nosotros. Arturo de La Serna y Carlos Sauberman murieron naturalmente; Arturo Llosa murió en un accidente automovilístico y Dick Cowpercoles, cuando Inglaterra entró en guerra en el 39, se presentó como voluntario para las lanchas de rescate de aviones caídos en el mar y murió ametrallado en el Canal de La Mancha.

A todos ellos dedico esta rememoración de hechos que vivimos y protagonizamos juntos, con mi más hondo sentir.

Y a Uds., amigas y amigos del auditorio, les pido disculpas si es que la disertación les ha resultado larga o insípida y les agradezco su compañía y paciencia.

Lo mismo agradezco al C.N.S.I. la hospitalidad con que favoreció este acto, y a la Asociación Argentina de Veleros Clásicos por la honrosa distinción que me ha hecho al invitarme a hablar.

Nada más.

Final de la Copa Rolex

en el
Mar del Plata
Golf Club

*Por Paula Meyer
fotos: Gentileza Rolex*

Tal como anunciamos en la anterior revista, en septiembre se jugó la semifinal de la Copa Rolex, en nuestro Club Náutico San Isidro.

De los participantes, solo cuatro damas y ocho caballeros pasarían a la gran final a jugarse en el Mar del Plata Golf Club (Playa Grande), junto a otros treinta y dos jugadores clasificados del Jockey Club de San Isidro, del Olivos Golf Club y del Mar del Plata Golf Club, más ganadores de años anteriores como invitados especiales.

Los clasificados fueron: Emiliano Pimentel, Martín Torino, Luis Jordán, Marcos Ecke, Carlos Meyrells, Ignacio de Anchorena, Diego Marotta y Juan Carlos Albe Pentreath; Lucrecia de Gall Melo, Clara Cibert, Zelmira Matarazzo y Jimena Pimentel. Por un tema personal Zelmira, no pudo participar, y yo, Paula Meyer, como quinta mujer clasificada tuve la suerte de entrar, como dicen, por la puerta de atrás.



En febrero, las personas a cargo del evento Rolex se pusieron en contacto con los de la Comisión para preparar la organización. Nos entregaron un cronograma, pidieron nuestros datos y, con una prolijidad suiza, se encargaron de organizar absolutamente todo.

Con una impecable eficiencia, nos llevaron a todos los finalistas en avión desde Aeroparque al Aeropuerto de Mar del Plata y luego en bus especial directamente a la cancha para practicar. ¿Qué hacemos con nuestras valijas? Previo etiquetado, dejaron cada una de ellas en nuestros correspondientes cuartos del Hotel Costa Galana.

En el Mar del Plata Golf, nos esperaba un *brunch* y la posibilidad de armar las líneas como quisiéramos para salir a practicar 18 hoyos. Esa increíble cancha —con un día que parecía elegido como el mejor día del año, mucho sol, sin nubes, sin viento y con un mar azul que parecía más tranquilo que nunca— se encargaría de demostrarnos por qué es una de las más desafiantes de Argentina.

Terminada la práctica y de vuelta al hotel, nos esperaba un buen baño para prepararnos para la comida de gala de la noche.

¿Qué más podíamos recibir para terminar el primer día? Ahí estaba la terraza del Golf, una increíble noche, cálida, con buena música, manjares de todo tipo y amigos.

Y llegó el gran día de la final; en el desayuno del hotel, con una vista increíble, apreciamos una niebla que quería avanzar desde el mar. ¿Entraría o no entraría a la cancha?

El día no fue como el anterior: hubo momentos de mucha niebla, pero finalmente se despejó y apareció el sol. Del juego, prefiero no hablar porque en mi caso particular fue desastroso, pero a pesar del desánimo por el mal juego, sentía la satisfacción de estar jugando en esa cancha, por segundo día consecutivo, con amigos y un clima totalmente benigno, algo poco común en la «Catedral del Golf».

Terminado el juego, los que sentían haber tenido un buen desempeño empezaban a cosechar cada vez más esperanzas de ganar esta final y ganar el premio: un viaje para vivir la **Experiencia Rolex en el Augusta National Golf Club** durante el **Masters Tournament** en abril 2020, con todo pago y con posibilidad de llevar un acompañante.



Martín Torino, del Náutico, había hecho un *scorazo* de 69 *gross*; también Leticia Bozzo, una jugadora local del Mar del Plata Golf que también había hecho un 69 *gross*, pero con 0 de hándicap, aunque había rumores de otro *score* ganador, alguien del Jockey Club.

Después de otro *brunch* increíble, comenzó la ansiada entrega de premios, y el Náutico no se quedó atrás. Mejor *approach* de damas lo ganó Clara Cibert; segundo puesto, Martín Torino, empatando en 67 neto con el que terminó siendo el ganador, Pedro Iraola del Olivos.

Volvimos todos muy satisfechos al hotel, aunque imagino que algunos, como Martín Torino, no dejaría de pensar en algún *putt* que erró y que lo hubiera llevado a él al podio, pero así es el golf.

En el camino al aeropuerto charlé con Pedro Iraola, el ganador, quien me contó que tenía pensado vivir la Experiencia Rolex con su hermano y que realmente se había preparado mucho para este torneo. Había tomado clases los tres meses anteriores, en enero había ido a Mar del Plata a practicar la cancha y las dos vueltas las hizo acompañado de un excelente *caddie* recomendado por su profesor. Por supuesto que esto no le quita ningún mérito, sino

que demuestra que para muchas oportunidades una excelente preparación aumenta las chances de éxito, y también esto le da mucho mérito al empate de Martín Torino.

Ese 4 de marzo, de vuelta en Aeroparque, empezaba a hacerse notoria la presencia del Covid-19; tocábamos con impresión los carritos para llevar nuestros valijas y bolsones de golf, varios andábamos con el alcohol en gel, pero nunca nos hubiéramos imaginado que el torneo hubiera sido imposible de llevarse a cabo dos semanas después. La suerte nos acompañó a todos para vivir esta maravillosa experiencia, con un tiempo increíble y un *timing* digno de una empresa de relojes suizos.

Obviamente Pedro Iraola no pudo vivir la Experiencia Rolex en Augusta por la suspensión de todas las actividades deportivas a nivel mundial, pero seguramente será recompensado oportunamente.

Solo me queda comentar que tanto la semifinal que tuvimos en el Náutico San Isidro como esta final, fueron eventos con una organización impecable, mucho disfrute y placer, y creo que todos los golfistas van a tener ganas de vivirla nuevamente. Ojalá sigan organizándola los próximos años.

¡Hasta el golf se viralizó!

Por Silvina Obarrio

Ya es un hecho: el golf se hizo virtual... Ojalá no para siempre...

¡Y nos reinventamos! Así también le toca al golf, a la escolita de menores que tanto empeño y dedicación le ponen para captar el entusiasmo de los chicos, y mantenerlos divertidos e interesados por este deporte tan apasionante y desafiante. Este, como todos los deportes, son formadores y educadores; brindar esto a chicos es parte de la educación para la vida, y el golf, bueno, ¡el golf tiene un montón de cosas más!

Hablando con Sergio Bogarin, profesional a cargo de la escuela de menores del C.N.S.I., me contó que el coordinador del «Programa de Golf Nacional de Desarrollo» de la AAG, Jorge Bollini, tuvo la iniciativa y, sobre la base del Manual de la Escuela de Golf, organizó una trivia online.

Esto le dio un empujón a Sergio para pensar en dar sus habituales clases a través de las redes sociales, contando para eso con la colaboración de Pablo Giménez, también profesor de golf de la escuela de menores del club.

Habló con Franco Caffarone (comisión de menores) y Nicolás

Subías (capitán de golf) de la sugerencia de hacer la escuela por este medio; les pareció una buena idea, así que empezaron a investigar, a ver cómo sería ya que todo era nuevo.

Como toda esta situación es nueva y particular para todos, tanto el Club, como los padres, los menores y los profesores ¡tienen que reinventarse, y de la mejor forma posible!

Aceptado el desafío (no quedaba otra), se lanzaron a transformar la escuela, a adaptarse a la nueva realidad apoyando a nuestro club y adaptando las clases a un formato virtual utilizando Zoom Meeting. De esta manera los chicos no pierden el contacto con sus compañeros, ya que a ellos es lo que más falta les debe hacer, creo yo. ¡El empujón, el tackle, el abrazo, la complicidad, la competencia! El objetivo del Club y de la escuela es que los menores puedan seguir conectados y aprendiendo golf, pero ahora desde su casa. Esto se hace tratando, en la medida siempre de lo posible, de mantener los grupos y horarios, para que los chicos continúen con sus compañeros y puedan seguir compartiendo este momento. Además se van a estar enviando videos con

ejercicios de golf cada semana a todos los de la escolita.

Mucho se manda por WhatsApp y también a veces se sube al Instagram de la escolita. Esto sirve para aquellos chicos que no se animan a participar de las clases por Zoom o que por algún motivo faltan...

¿Qué se puede hacer en una clase online?

¿Cómo arman las clases? Primero se hace una entrada en calor basada en la coordinación, velocidad, fuerza, juegos y competencias. Se sigue con *drills* técnicos, *putting*, juego corto. Un beneficio o novedad, por así decirlo, que se ha sumado como actividad muy importante: las reglas del juego. Todos sabemos que el golf no es solo técnica de *swing*; el golf tiene mucho más que solo pegarle a la pelota e intentar hacerlo bien. El golf tiene reglas, y con mucho gusto Rafael (Raffa) Iñigo se suma y les irá explicando las reglas del golf con videos, con preguntas y respuestas, con juegos.

Y sí... Algunas cuantas reglas han cambiado, y todos deberíamos poder a recordar algunas. Y al volver a poner en práctica esto de

arreglar los piques de los *greens*, los *divots* que a veces suceden (y al final les voy a dejar un chistecito respecto de esto...) y las bancas... arreglar las sacadas de bancas y sus pasos o huellas energéticas dejados tras sacar exitosamente o no la pelota de la banca. Pero más que nada, para que no nos ocurra lo que a Sergio García en un torneo, que por tener la banca sin arreglar perdió los estribos y tras una desquiciada reacción y también verbalización de su furia fue descalificado del torneo. Volvamos...

Elementos que se deben tener para las clases:

- alfombra o manta
- un balde
- pelotas de golf, ping-pong, fútbol
- una toalla de manos o repasador
- un palo (el que no tiene, igual puede hacer)

Con estos elementos se va variando dependiendo de lo que se haga en ese día.

Para los menores las clases son **gratuitas**. Y también la escuelita tiene su Instagram, que es @escuelademenorescnsi; la pueden seguir y verán tips buenísimos, a los chicos practicando en sus casas y disfrutando del golf. ¡¡¡Incluso ver videos de *caddies* caninos!!! ¡¡¡Búsqwenlo!!!

Además, en esto de reinventarse, Sergio está dando clases grupales y/o particulares para los más grandes, algunos mediante Zoom Meeting o por WhatsApp video o a través de videos por WhatsApp. ¡Por el (+5491156636544) se pueden poner en contacto con él y les brindará más información! Eso sí, cuidado dónde hacen un *swing* de práctica para filmarse; deben encontrar un espacio lejos de las



lámparas, sillones y objetos que se puedan romper ¡o salir volando! No traten de corregirse solos, no vaya a ser que salgan de la cuarentena queriendo copiar los *swings* como el de Mathew Wolff o Choi Ho-sung, ¡porque esto puede causar lesiones graves y perder consistencia!

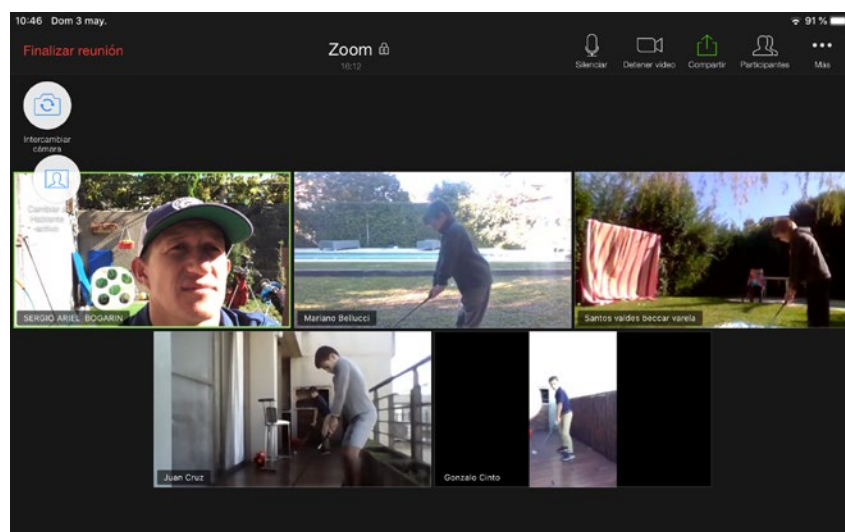
Aprender golf sin salir de tu casa... nunca se creyó posible, ¡pero ya

nada es imposible! ¡Hay que salir de esto juntos y mejorados!

Aquí va la yapa:

Alumno al profesor: - ¡Removería cielo y tierra por bajar el 100 en esta cancha!

Profesor: - ¡Seguí con el cielo, porque ya removiste casi toda la tierra!



¡Tenis desde casa!



Esto nos cuenta la Escuela de Tenis:

Con la llegada del Covid 19 nos tuvimos que retirar de las canchas, pero a nuestro equipo de profesores eso no nos detuvo y estuvimos pasando a nuestros alumnos de todos los niveles videos sobre táctica, técnica, coordinación, movilidad, apoyos, desafíos, trivias y hasta sorteamos una clase con Leo Mayer.

Todas estas actividades fueron enviadas por grupos de WhatsApp, Facebook e Instagram.

Les mostramos algunas fotos de los tenistas practicando en su «encierro».

Les contamos que Leo Mayer —gran tenista profesional, ganador de varios torneos ATP y campeón de la Copa Davis, y siempre muy solidario—, decidió ayudar a los profesores de tenis en este difícil momento y nos contactó para que lo ayudemos a organizarlo.

Se decidió que los primeros cien profesores que nos mandaran un mail, recibirían diez números para venderse a sus alumnos como una clase a futuro, y si alguno salía sorteado tomaría una clase con Leo Mayer. Solo el primer día recibimos más de trescientos mails de profesores de todo el país.

La propuesta fue todo un éxito, nosotros como organización nos quedamos con diez números y así fue que uno de nuestros alumnos, Juan Cruz Biocca, con el N.º 988 fue el ganador, o sea, tomará una clase de tenis con Leo Mayer.

El sorteo se realizó en vivo por Instagram.

Queremos contarles que Leo, durante su etapa de juvenil y toda su etapa profesional hasta hoy inclusive, se entrena con uno de los directores de nuestra escuela, Leo Alonso; hace unos años, cuando estaba empezando su carrera profesional, visitó al Náutico y





Otro gran alumno de la escuela de tenis es **Agustín Yañez**, lejos el más fanático de todos los alumnos que hemos tenido en estos diecisiete años que llevamos como profes del club; él nos mandó un artículo que escribió, que nos encantó y queríamos compartirlo con todo el Club.



jugó un partido de exhibición contra Charly Berlocq a beneficio de varios comedores y vale la pena destacar que Leo suspendió sus vacaciones para venir a jugar a nuestro club; tal es así que le pidió prestadas las zapatillas a Charly Berlocq porque llegó directo del viaje y solo traía sus raquetas.

Juan Cruz Biocca participa de la escuela de tenis desde muy chiquito y de los equipos de interclub, y vale la pena decir que es un fiel reflejo de los valores que pregona el club: respetuoso, honesto, buen compañero con los rivales y con los de su equipo, etc.

¡Felicitaciones, Juan!



Cinco tips claves para «pasarla bien» en un partido de tenis

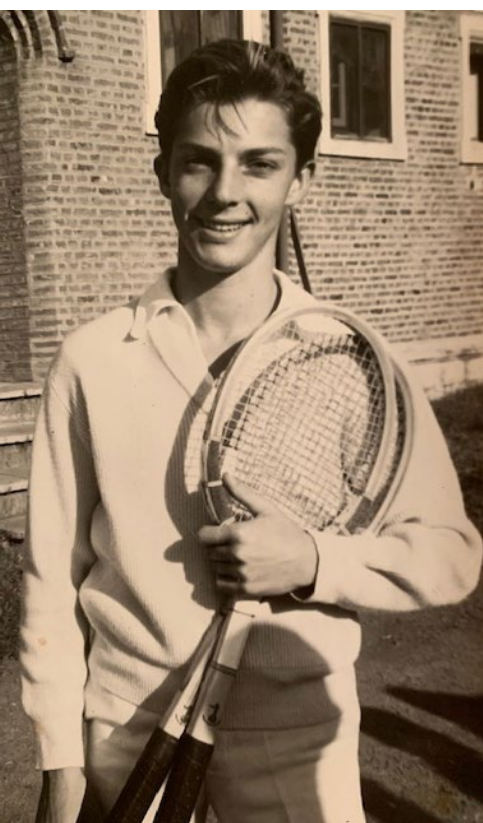
Autor: Agustín Yañez

- No fijar la atención en la personalidad del rival ni en la gente que está fuera de la cancha.
- Dar siempre lo mejor de vos, vayas ganando o perdiendo.
- No frustrarte si las cosas te salen mal, pensar cuál fue el error que cometiste e intentar mejorar poco a poco, que en algún momento te va a salir.
- Intentá disfrutar del momento, siempre buscá lo positivo de lo que estás viviendo.
- Agradecer al terminar de jugar la suerte que tenés de poder jugar tan lindo deporte.

Mis setenta años de tenis,

ahora como super senior, y otras perlitas

Por Maximiliano Serravalle



Y bien digo mis setenta, porque empecé a jugar a los diez.

Por ese entonces, vivíamos en Vicente López, en la calle Gaspar Campos en una casa sobre la barranca. A unas cuadras sobre la calle Madero había un club que se

llamaba Banco Municipal, que si bien era un club para los empleados de ese banco, gran parte de sus socios eran gente del barrio, en su mayoría extranjeros —al menos eran los que concurrían los días de semana—. Allí empecé a jugar al tenis a los diez años guiado por un profesor (el **alemán Rhode**), inolvidable cascarrabias, pero de gran personalidad, que sacó a grandes jugadores, entre ellos a **Roberto Aubone**, quien fuera N.º 1 de menores y juveniles por varios años, y posteriormente jugador de Copa Davis, jugador que si actualmente quisiera competir en su categoría, no tendría rivales a la vista. En esa época teníamos un equipo de menores imbatible —corría el año 1954— y nos cansábamos de ganar interclubes. Yo por ese entonces figuraba n.º 3 en el ranking argentino de menores, detrás de mis amigos **Cacho Aubone** y **Horacio Daurat**, amigos de la infancia y los dos compañeros de equipo. Gané ese año el campeonato de la Ciudad de Buenos Aires en el Belgrano Athletic Club. Jugué después

algunas temporadas en el Tenis Club Argentino, en la sede de Olivos, porque había sido expropiada la sede central de Palermo. También de allí tengo grandes recuerdos y amigos inolvidables. Allí aprendí a jugar al *snooker* con el intendente del Club, cuyo nombre no recuerdo, pero un personaje inolvidable y cordial.

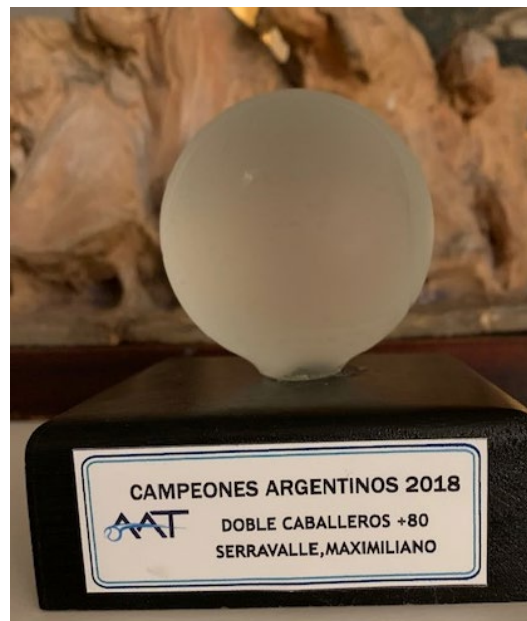
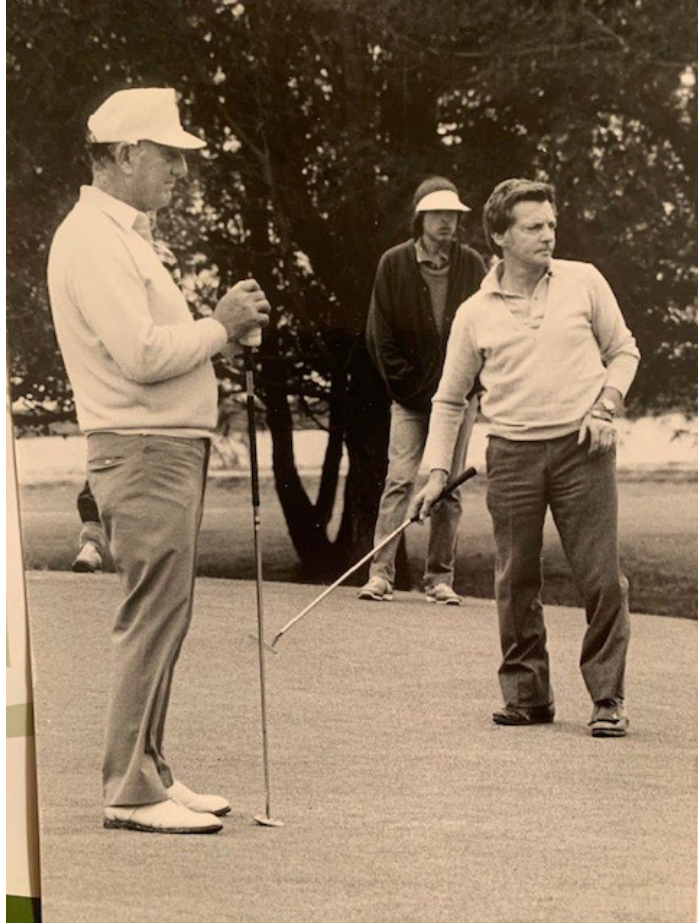


Para ese entonces ya era socio del Náutico, y también del Tenis Club Argentino y del Atalaya Polo Club. Un día mi padre me intimó a que eligiera un club, ya que no me pagaría más las cuotas, y gracias a mi buena estrella me quedé con el Náutico de San Isidro, como dice mi mujer, mi segundo hogar. Hoy llevo más de sesenta años como socio y el Club me ha brindado todo, no solo a mí, sino a mi mujer, a mis hijos y a mis nietos, como yo también a él. Fui secretario de la Comisión Directiva, integré el Tribunal de disciplina, fui asesor legal, miembro de la comisión de interpretación y reglamento y alguna otra subcomisión.

Pero volviendo a lo anterior, en esa época alternaba el tenis con el *rugby* en el colegio Manuel Belgrano de los Hermanos Maristas, pero cuando comencé la facultad prácticamente abandoné el *rugby* y dejé de jugar al tenis.

En el año 1960, y cursando bastante avanzado la carrera de derecho, me tocó el servicio militar en la Marina y me incorporaron en la Escuela de Mecánica de la

Armada. Cuando nos dieron los uniformes y el destino, el mío de no creerlo, había sido infantería de Marina, puerto Belgrano. Yo pensaba que como en las películas de guerra, los infantes de Marina eran los más altos y corpulentos, yo en cambio era petitito y flaco, era como si me hubiese tocado la colimba en Granaderos. Desesperado, conseguí al cuarto día de reclutado hablar a mi casa y me atendió mi padre, le comenté entonces mi difícil destino, a lo que me contestó, tan ocurrente, «cómo vas a hacer para dormir sin tu almohadita». Este chascarrillo de artículo me impide contar el desenlace, pero lo cierto es que me pasaron a marinería con otro destino. El primer año en tierra y el segundo embarcado en el Bahía Tetis y el Crucero La Argentina. Será por eso que me dediqué a otros deportes y no a la náutica, pero lo cierto es que durante el primer año de servicio militar comencé a jugar al golf en forma totalmente casual, ya que un día acompañé a un capitán que era conocido de mi madre al Libertad Golf Club, un club típicamente inglés con mucha madera y sillones de mimbre en sus galerías, donde el profesional encargado era Soto, el padre de **Quique Soto**, magnífico jugador. Allí quise probar, pensando que si le había pegado bien a una pelota en movimiento, podía pegarle también a una que estaba quieta. Craso error. Me enganché con el golf y



me acompañó ininterrumpidamente hasta los cincuenta y ocho años, alcanzando un hándicap de 9 golpes, que lo mantuve durante más de veinte años y que me llevó a ganar en 1976 y 1996 el gran premio de La Cumbre Golf, club del cual también fui socio y que me trae inmejorables recuerdos de Córdoba y varios torneos aquí



en el club. Cuando comencé a jugar al golf, la cancha del Náutico estaba cerrada debido a las continuas crecidas que la afectaban. No cabe duda de que en el golf hice grandes amigos y tuve la dicha de jugar con el maestro **Roberto de Vincenzo**, junto con mi querido amigo y capitán de golf del club, **Luis A. Mazzini**. Guardo de esa época grandes recuerdos y un sinnúmero de amigos a los cuales sigo viendo en el Club. El Club tiene un gran grupo de golfistas, pero no quiero dejar de nombrar a mis queridos amigos, el **negro Mazzini**, **Alberto Mieres** y a **Juan Alberto Serra**, gran compañero de *four ball*, como tampoco a quienes sintetizaban ese gran grupo de golf del club, **Carlín**, y **Gustavo Pimentel**, con quien gané en 1985 el Gran Premio Angelus, y a **Tomito de la Serna**, grandes jugadores.

Pero volviendo al tenis, un día en la pecera del restaurante central —la pecera es el lugar cerrado con vidrio que está a continuación del bar del comedor central—, donde nos reunimos ahora para almorzar los días de semana, estaban hablando de tenis y de los deportes en general. Yo en un momento y tímidamente dije que cuando era chico jugaba bien y que incluso

estuve ranqueado varios años. Los amigos se rieron y me dijeron «Petiso, qué vas a jugar al tenis, lo tuyo es el golf y el *approache* y *pater*, ya que el juego largo nunca fue tu fuerte, pese a tener una cifra». Lo cierto es que en medio de las chanzas se formalizó un

desafío con un amigo que jugaba bastante bien. Me prestaron una raqueta de metal pues la mía, una dunlop Maxply de madera, ya no era jugable, y así se hizo el desafío por una comida. Gané 6-3, 6-1, pese a hacer más de treinta años que no jugaba al tenis. Allí me volví a enganchar definitivamente con el deporte de blanco. Lo que lamentó es no haber podido ver a los grandes de esa época por haber estado en el golf, aunque sí alcancé a verlo a **Toño Castro Videla**, para mí un jugador que siempre me resultó uno de los más exquisitos, así como **Matías Bruzoni**.

Lo cierto es que el nuevo enganche con el tenis fue como un amor a primera vista y volví a él con toda mi pasión. Tuve la suerte de recomenzar a jugar con la élite de los mayores, que capitaneaba **Chon**



Urien —a quien siempre admiré como jugador—. Quién se puede olvidar además del **Bebe Molina Berro, Marcelo Jordan, Michel Mayo, Cacho Garrasino, Antonio Casabo**. Entiéndase que estoy hablando de la época que me tocó vivir. Sé que hubo otros grandes jugadores en el Club, pero yo en esa época estaba como dije, detrás de la pelotita más chica. De esa época tengo innumerables recuerdos y anécdotas. Un día el **Bebe Molina Berro** nos dice a **Chon** y a mí que nos desafiaban con **Federico García Berro** a jugar un doble. Vale aclarar que con Federico somos amigos y compinches y que hemos jugado muchas veces doble juntos, en representación del Náutico. El partido del Bebe y Federico contra nosotros terminó con un terrible resultado de 6-0, 6-0 a nuestro favor. El Be-



be siempre quiso jugar la revancha. Me preguntaba a mí, y yo le decía a Chon que querían jugar de nuevo otro partido. Chon, cansado, un día me dijo: «Maxi, nunca le vamos a dar la revancha, entendiste». Y así fue como entre risas y confabulando, jamás volvimos a jugar con ellos. En un cumpleaños de Chon en la Bahía, ambientada con todas sus anécdotas de tenis y fotos, había un cartelito pegado que decía «Chon y Maxi se comieron una ensalada de Berro». Siempre nos reímos con Federico de ese episodio. Después de tomar juego con el senado del tenis —léase, los campeones mayores—, empecé a bajar la edad de competir, comencé a jugar interclubes. Integré el equipo +55 que ascendió a primera división en el 2001, equipo, si bien es cierto, que contó con el concurso de **Dany Harms** que había sido campeón del club.

Así como tuve la suerte de jugar al golf con **Roberto de Vincenzo**, jugué también al tenis con **Enrique Morea**. Fue en el Tenis Ranch de Punta del Este, club del cual fui presidente, y Enrique socio honorario. El partido lo jugamos con Enrique, **Armando Cervone**, gran amigo y después presidente de la AAT, y **con Pepe Iribarren** que en esa época era secretario de la AAT, y mi compañero de dobles en innumerables campeonatos seniors. Enrique, si bien no tenía ya mucha movilidad, conservaba su maravilloso saque plano de impactante velocidad. En fin, cumplí deportivamente con el sueño del pibe, jugar con los más grandes de cada uno de los deportes que practiqué.



Hoy, a mi criterio, el tenis del Náutico está pasando por un inmejorable momento. No lo digo desde el punto de vista de competencia deportiva —al menos con los de mi edad—, pero sí desde el punto de vista de la comunicación, la amistad y el compañerismo. Yo formo parte, como muchos otros, de un memorable grupo, somos como cuarenta y nueve jugadores que interactuamos continuamente, armamos partidos y nos reunimos los miércoles y viernes para jugar en el Club. Las chanzas del grupo del tenis en WhatsApp son memorables (y como para muestra basta un botón, les relato una). Una vez le comento a **Willie González Venzano** que iba a cambiar mis raquetas, a lo que me contestó: «Maxi, por lo que te queda de vida, para qué las vas a cambiar». Nos reímos tanto que esta anécdota la aplico a todas mis situaciones de vida, con humor. En fin, somos un grupo envidiable en el cual reina una contagiosa alegría. En



homenaje a **Ismael Usman**, quien durante años nos aguantó con paciencia, nuestro WhatsApp se llama «Todos con Isma». Vale también mi recuerdo para la gente de la casilla de tenis y las cuadrillas de operarios que mantienen las canchas en excelente estado. Vaya mi recuerdo, también, para **Correa Urquiza** quien, en su tiempo y sin tecnología como la de ahora, se ocupó de los equipos del club, a pulmón, y mi agradecimiento por su difícil tarea a la actual capitán de tenis **Teresa Ganzábal**.

Otra gran satisfacción fue ganar el campeonato internacional del C.N.S.I. en el año 2000 en la categoría +55 años dobles, con **Hugo Turbidone** de compañero, y haber llegado el año pasado a la semifinal de *single* perdiendo con quien fuera el campeón, el alemán Klein. En 1999 gané veteranos en el Club +60, en el 2006 gané veteranos

+65, además de otros torneos internos en diversas categorías.

Pero lo cierto es que ahora con mis ochenta años he descubierto un nuevo tenis, que me resulta no solo atractivo, sino tremendamente divertido.

Estoy en una categoría salvajemente competitiva, pero gracias a Dios y a mi genética estoy entero, lo que me permite disputar los torneos con gran expectativa.

En el año 2019 fui elegido como el mejor jugador de dobles de la categoría +80, ganando el Máster de veteranos en *single*, y terminé 3.º en el Ránking Argentino con menos partidos computados ya que por un viaje me perdí los torneos de otoño.

Este año empecé en la categoría +80 con todo; finalista en Comercio, y ganador en Mar del Plata, campeonato de sur. Como dicen los corredores de autos, «piqué en punta», y en el primer curvón me despisté con el coronavirus. Espero que pueda ir a jugar el mundial *seniors* en Mallorca en octubre de este año, cosa que, tal como viene la mano, creo poco probable.

Cuando mis amigos del Club me cargan porque juego en la categoría +80, y me dicen «Maxi, si todos tus rivales van con bastón y no pueden caminar» —cosa que no es cierta, por supuesto—, yo les contesto como decía mi padre: «Muchachos, yo ya llegué, ustedes, no sé».

Soñando en cuarentena

Por Majo Carril

Con estos días otoñales, en tiempos de cuarentena y con los árboles en su espléndida variedad de colores, me daban vueltas en la cabeza las ganas de volver al Club.

Una mañana me desperté con un sueño clarísimo, era como si lo hubiera vivido.

Era un día soñado, sin viento y con calorcito. Estaba en el Club, había gente jugando al tenis, profesores dando clases, las canchas pisadas e impecables, los canteros llenos de plantas, todo en su mejor momento.

Y yo, ¿dónde estaba? Limpiaba, limpiaba sin parar, sin mi mopa, que es la gran compañera de este momento. Barría las hojas multicolor que caían de los árboles y no me sentía triste ni tampoco preocupada. Lo curioso es que estaba feliz.

Este sueño tan real me hizo pensar que con tal de volver al Club y estar cerquita de las canchas, yo podría hacer cualquier cosa, ¡hasta limpiar! Me hizo recordar que es mágico todo lo que compartimos a diario, y así, viéndolo en un sueño, pude valorar aún más.

- Llegar a la casilla y encontrar a Nacho y a Gustavo que siempre nos reciben con una sonrisa.
- Los partidos con amigas y las charlas entre *game* y *game* con mate en mano cada invierno.
- Nuestros entrenamientos de los martes a las 19 (muchas veces con viento y frío), con nuestros pro-fes Diane y Juan Manuel que dan todo para sacar lo mejor de cada una.



Extraño muchísimo a mis amigas y a todo eso que se genera alrededor del tenis.

Extraño entrar, estacionar el auto, ver quién llegó antes y quién está preparando el mate. Extraño las charlas post partidos: ¡extraño un montón! Pero siento que vamos a salir fortalecidos de esta difícil situación y estoy segura de que vamos a valorar más que nunca cada rinconcito y cada momento en nuestro querido Club. Y, si no, seguiré soñando para reencontrarme con todos ellos.

Ajedrez durante la cuarentena

Por Raúl Pablo Tomá

Cuando me ofrecieron escribir unas líneas acerca del ajedrez no lo dudé ni por un momento. Primero, porque amo el ajedrez. Este juego, deporte, arte o ciencia realmente es fascinante y cualquiera aquel que le guste jugarlo sabrá de qué hablo y me comprenderá perfectamente.

Segundo, porque amo al Club y atesoro los recuerdos que tengo del ajedrez en el Náutico. Desde aquellos torneos en los años 90, tanto de menores, jugando contra las hermanas **García Sanabria** o contra **Pancho Molins** o **Montes de Oca**, o bien aquellos torneos de mayores sufriendo contra **Baqués, Acevedo, Costantini, Solé, Garat, Solá Claret...** en fin, podría seguir así nombrando jugadores de aquellos tiempos porque tengo muy vivos todos esos momentos.

Así como también recuerdo lo divertido que era jugar bajo los árboles, los saucos en la Punta, contra el profe José Pinto o con o contra mi hermano Fernando (los torneos de menores austrohúngaros eran lo más). También me acuerdo de la espera que mamá tenía que aguantar hasta que terminaran los torneos. En fin, tengo tantos y tan buenos recuerdos del ajedrez y sobre todo muchos que me ha regalado el Club, que es un gran placer para mí escribir unas palabras.

Para quienes juegan o practican el ajedrez y les gusta, saben perfectamente a lo que me refiero, y para aquellos socios que no tienen idea de qué se trata

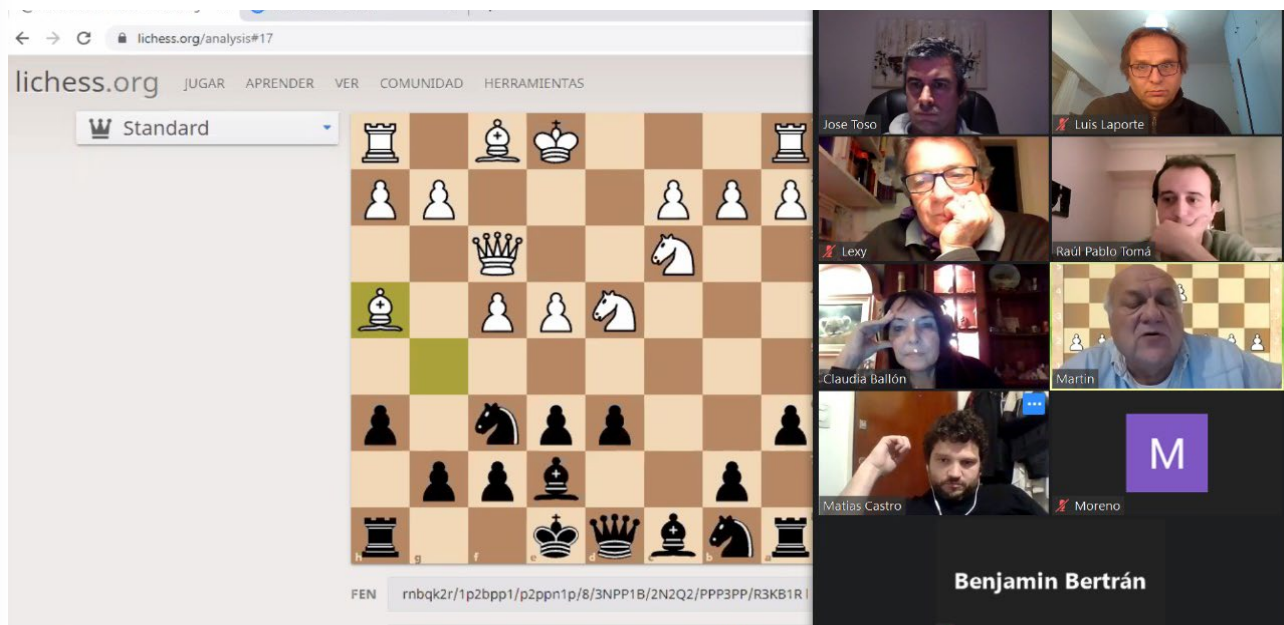
o lo menosprecian sin querer, no saben de lo que se pierden.

Es un juego genial y no tiene casi ningún límite de edad ni de ningún tipo puesto que la mente es su ámbito. Para quienes se preguntan acaso por qué es un deporte, simplemente basta observar que en todos los deportes «la cabeza» resulta ser el 90% o mejor dicho el 99% responsable del éxito en cualquiera de ellos. Pues bien, en el ajedrez ocurre lo mismo... también porque tiene un reglamento, a nivel profesional o competitivo la parte física es muy importante, etc., etc...

En estos tiempos de obligada cuarentena permítanme aconsejarles que se acerquen al ajedrez o lo retomen aquellos que se han alejado. Sobre todo hoy, con la ayuda de la tecnología, es realmente asombroso, uno puede estar jugando contra una persona del otro lado del mundo...

Hace poco más de tres años, gracias a **José Toso** y a **Alejandro Solá Claret**, se volvió con el ajedrez en el club. No tengo otras palabras más que las de agradecimiento y felicitaciones y enorme alegría para con ellos y la Comisión Directiva por esta gran iniciativa de retomar el ajedrez en el Náutico.

Desde entonces se han organizado con éxito numerosos torneos en el Club contra otros clubes, como por ejemplo contra el Jockey, torneos para menores



de trece años en un futuro próximo y que actualmente se juega tres veces por semana *online* y partidas simultáneas brindadas por el maestro internacional, **Rodolfo Garbarino**.

Mientras escribo estas líneas y con la cuarentena todos los días, sí, sí, casi todos los días se arman torneos *online* y cada uno con su celular, *tablet*, *notebook* o compu, nos enfrentamos en una contienda virtual.

Además de los socios que habitualmente jugamos en el Club, en esta nueva modalidad virtual participaron los hermanos **Mateo, Guillermo y Francisco Feldtmann**, protagonistas en varias oportunidades, y también un grupo de ajedrecistas denominados «Amigos del Náutico», integrado por **Luis Chicho Laporte, Diego, Arturo y Nicolás Álvarez Demalde y Mariano Bertrán**, quienes animaron estos encuentros demostrando no solo un gran nivel en el juego sino también que disfrutaban del mismo igual que nosotros entendiendo que su espíritu no es otro que compartir, estrechar lazos sociales y deportivos, divertirse y tratar de aprender más y mejorar.

Con los más chicos —niños y niñas hasta trece años de edad— sucedió lo mismo, entre socios y «Amigos del Náutico» hemos contado con más de veinte inscriptos en los torneos *online* que se juegan los martes, jueves y sábados de 18 a 19 h. Ojalá que cuando el Club vuelva a abrir sus puertas, los chicos mantengan ese entusiasmo y podamos organizar el primer

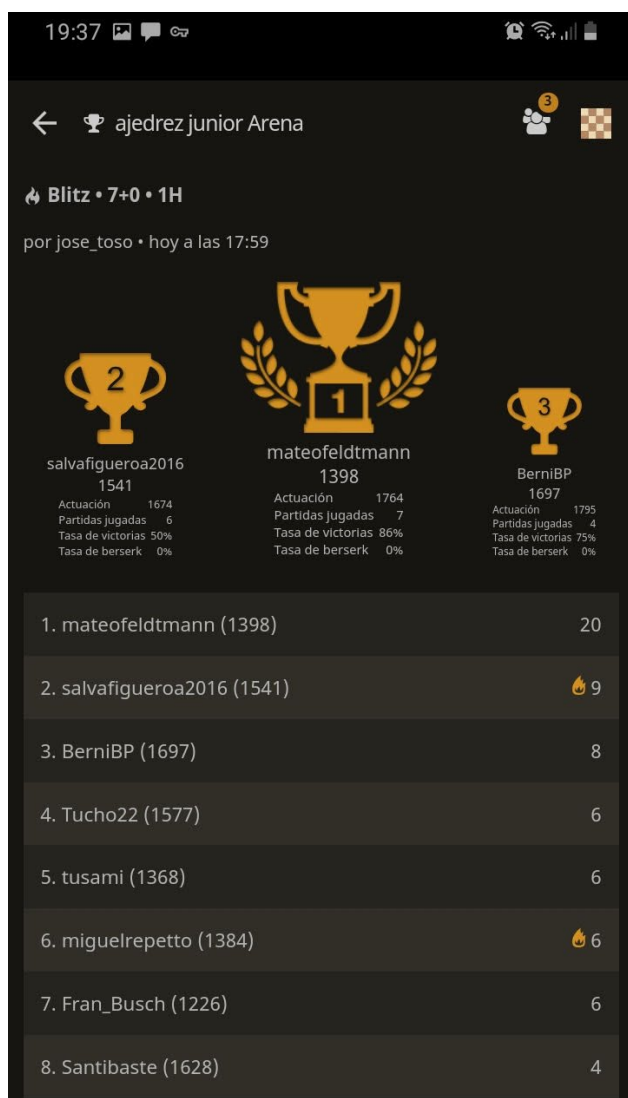
torneo presencial categoría infantil de esta nueva etapa, ya que el último jugado en el Club, si mal no recuerdo, fue en el año 1995.

Lógicamente el ajedrez, como buen deporte, también tiene sus reglas y hasta el más avezado o experto puede perder con el «pior» de todos por tiempo..., sí el tiempo también juega... Es que uno no solo mata el tiempo con el ajedrez, como podría suponer alguien vulgarmente, sino que también el tiempo lo mata a uno en el ajedrez.

Tiene tantas cosas lindas este juego... Si bien lo mejor —que es juntarse con amigos y hacer sociales y «terceros tiempos»— no lo podemos hacer ahora, por lo menos de manera real, al menos podemos seguir practicándolo de manera virtual.

Los beneficios del ajedrez son muchos, ayuda en la concentración, en la imaginación, ejercita la memoria, mantiene la lucidez mental, la disciplina del autocontrol como en cualquier otro deporte, aprender a mirar todo el tablero (como en la vida misma, «a mirar todo el tablero»), ayuda a la administración del tiempo, a pensar en el otro porque uno tiene que pensar como pensaría el contrincante o ponerse en su lugar, ayuda a amigarse con libros, ya que hay miles de libros sobre ajedrez, y finalmente a uno realmente lo relaja porque despeja la mente de otras preocupaciones.

Así que dedico estas palabras:



Al ajedrez, que tengo tantos buenos recuerdos tanto familiares (yo por lo pronto me acuerdo perfecto cuando aprendí a jugarlo en unas vacaciones en un hotel de Pinamar) o con torneos representando al colegio o habiendo conocido figuras en el Círculo de Ajedrez de la calle Paraguay.

Al Club, que agradezco antes y ahora por los gratos y buenos momentos que ojalá sigan perdurando.

Convoco también a las mujeres a que se sumen a la propuesta; si bien hay socias que también participan, podría crecer el número, además siempre el Náutico se ha destacado por la activa presencia femenina en muchos otros deportes y actividades, por lo tanto, este no debiera ser la excepción. Quién sabe, tal vez luego de leer estas pocas líneas se acerque una futura Judith Polgar o Claudia Amura...

Si me preguntan qué espero de esta nueva etapa, es que este juego o deporte siga creciendo en el Club con más socios participando y con más actividades para los más chicos, los adultos menores y los mayo-

res. Sueño con que se pueda vincular con alguna Federación de Ajedrez y obtener registros directamente en el Club, sueño con algún torneo internacional en el Náutico (obvio también con ganarlo jejeje aunque sea por *walk over* o por tiempo) o simplemente poder enseñarles y jugar partidas con mis hijos y seguir compartiendo con los demás ajedrecistas socios y amigos.

Ahora que lo pienso, qué bueno sería, además, poder decirle jaque mate también al coronavirus muy pronto.

Abrazo de tablero, como dice un amigo...

Redescubriendo pasiones

por *Luis B. Laporte*

«Dale, sumate. Es un lindo grupo. Juegan bien, te vas a divertir». La propuesta de mi amigo José al principio de la cuarentena fue difícil de rechazar.

Después, una cosa fue llevando a la otra: torneos diarios de siete minutos por partida, de cinco minutos ¡y hasta de un minuto!

Todos los días, entre barbijos y alcohol en gel, esperar las siete de la tarde para un nuevo desafío, cada día único.

Impagable para mí redescubrir una pasión compartida con mi viejo desde los once años. Impagable ver como los *nicks* de los torneos se iban, poco a poco, transformando en personas cada vez más conocidas y amigas.

Gracias, cuarentena.

Gracias, José.

Gracias a mis nuevos amigos del Náutico y ajedrez.

La cuarentena por algunos *bridgistas*

Por Paula Meyer y Eugenia Landajo

Cuando un día a un grupo de jugadores de *bridge* se les ocurrió enseñarles el juego a otros socios del Club, no imaginaron que lograrían captar a tantos fanáticos.

En el año 2017 comenzaron las clases con los primeros alumnos, los siguió la camada del 2018 y, por último, el grupo del 2019.

Los dos primeros grupos ya llevan dos años compitiendo en la *pool* de los martes e insertándose en los torneos preexistentes del club.

De la *pool* de los martes no solo surgieron nuevos jugadores, sino que se consolidó un grupo de amigos que se unieron transversalmente a todos los deportes, extendiendo el *bridge* a sus casas, al salón del *pool*, al bar de la Punta, al Sollado, y por supuesto en el verano «a la pileta», con el tablero magnético. Algo impensado un par de años atrás.

Y fue así durante mucho tiempo, hasta que un día llegó la cuarentena, y a esos encuentros para jugar y reunirnos debimos ponerles pausa... sin embargo, como las

crisis son oportunidades, una serie de pensamientos individuales y la pasión por el *bridge* se unieron para dar origen a una nueva manera de jugar.

Con el Club cerrado y la cuarentena dispuesta por el gobierno, parte del grupo «Pileta» de *bridge*, integrado por **Edu y Pili Marcó del Pont, Tere Bancalari, Richi Alonso** y quienes escribimos esta nota, **Euge Landajo y Paula Meyer**, comenzamos a barajar distintas alternativas para seguir jugando y reuniéndonos, aunque sea virtualmente. Obviamente recurrimos





al BBO, **Bridge Base Online**, una aplicación gratuita que permite jugar al *bridge* por internet.

Armamos un grupo de Whatts-App «BBO Pileta» con los antes mencionados, más **Franca y Marcos Moreno** para completar los ocho jugadores necesarios para jugar un *match* de dos equipos. También se fueron sumando **Martín Ibarbia y Marina Pérez Porto** para cubrir los lugares si alguno no podía estar.

Durante estos dos meses nos hemos reunido todos los días a las seis de la tarde a jugar dos partidos, encontrando una manera alternativa de juntarnos y vernos, ya que luego de cada partido surgen las videollamadas grupales acompañadas con un cafecito, cerveza, vinito o *drink*, para felicitarnos por las buenas jugadas o reírnos de las malas, y aprender, ¿por qué no?, de los errores.

A partir de esta experiencia comenzaron a surgir otros grupos, como el de amigas del golf, los *matches* de las tres de la tarde de los de bajo hándicap —o sea, los «buenos»— y otras opciones de juego, como las *pooles* del C.A.S.I. propuestas por Franca o la *pool* del Club Metropolitano, a través de Lili Ustarroz,

Analizando la perspectiva que esto continuaría de manera virtual

por varios meses más, decidimos comenzar a investigar y proyectar opciones para incluir a más gente. Nos seguía faltando una manera de simular los torneos de manos duplicadas que jugábamos en el Club. Era un gran reto, pero con las herramientas que teníamos a nuestra disposición se nos ocurrió organizar torneos de *matches* por equipos. Comenzamos una prueba piloto con un reducido grupo de los martes, nosotras dos y Pili nos aventuramos como armadoras, y **María Grehan** con los nuevos del 2019.

Este ensayo resultó todo un éxito. Cada una de nosotras aportó ideas y habilidades para mejorarla y logramos reunir el siguiente martes a casi todos los que competíamos en la *pool* del club.

Fue una «gran prueba», ya que jugamos con cuatro equipos donde cada equipo se cruzaba en seis manos contra los otros tres.

La experiencia nos permitió extender el modelo a los viernes, con cuarenta y ocho socios invitados que habitualmente competían en los torneos del Club, los cuales se sumaron con gran entusiasmo. Como en todo proceso, estamos tratando de aprender de los errores para ganar más seguridad en el camino e ir incrementando el cupo de participantes gradualmente.

Cabe destacar el invaluable aporte de los Marcó, que mediante un instructivo lograron que muchos de los socios más antiguos del *bridge* pudieran comenzar a jugar *online*.

Hasta tanto tengamos un Super Usuario, que BBO no nos otorgó, y que nos permitiría armar *pooles* como organiza el C.A.S.I., este modelo está funcionando y estamos juntando coraje para seguir creciendo. Quizás el próximo viernes lleguemos a ser sesenta y cuatro jugadores, todo un desafío teniendo en cuenta que la mayoría de ellos no están muy familiarizados con la herramientas del juego *online*.

Sin embargo, en el verdadero trabajo en equipo, la interacción entre sus integrantes es más importante que las individualidades; dicho de otra forma, un sistema se mantiene como un todo por la interrelación de sus partes. Y acá ¡hay equipo!

Gracias a todos los que forman parte de esta propuesta y a los que creyeron y se sumaron a esta travesía. Nos divertimos, aprendemos, practicamos, compartimos ideas y colaboramos para que, hoy, muchos socios sigamos juntos y entretenidos, esperando volver pronto a disfrutar de nuestro querido Club.

Cuarentena *bridgista II*

Por Eduardo Marcó del Pont

Empecé a tomar clases de *bridge* hace dos años y medio, gracias a las clases dadas por el socio **Ricardo Alonso** en el Club.

Para quienes no están familiarizados, el *bridge* es un juego de estrategia, hay que pensar mucho y se requiere mucha práctica. Por eso, al mismo tiempo que tomaba las clases, decidí instalar una aplicación para la *tablet* o celular para poder practicar también ahí. Probé varios programas distintos y, finalmente, me quedé con uno de los más populares que se llama BBO (*Bridge Base Online*). Entre sus principales características, además de jugar solitario, se puede jugar *online* con personas de cualquier lugar del mundo, desafiar amigos o armar tu propia mesa con quienes desees. Al principio, lo usaba solamente para jugar solitario, pero, con el tiempo, empecé a jugar torneos con personas de cualquier lado.

Cuando se declaró la cuarentena, lógicamente, toda actividad de *bridge* en el Club se suspendió, entonces empecé a jugar junto con mi mujer asiduamente. También investigué un poco y vi que no era tan difícil compartir el juego con conocidos. Además de mi mujer, Pilar, conocemos a otras personas del Club que sabíamos que usaban este mismo programa y habíamos jugado en línea en otras ocasiones. Así es que comenzamos a jugar con los mismos amigos con quienes solíamos jugar las tardes de verano en la pileta del Club.

Al pasar los días y ver que la cuarentena iba a ser larga, un día me puse a pensar en los jugadores de las *pooles* del *bridge* del Náutico (torneos) quienes, como todos, tenían que quedarse en su casa sin poder salir ni poder ver a sus hijos, nietos, familia o amigos y, sumado a esto, se habían quedado sin su pasatiempo semanal preferido, les habían sacado el *bridge*. De alguna manera había que avisarles a todos que podían jugar al *bridge* en línea con sus amigos. Pero claro, cómo hacerlo con personas que, en muchos casos, no están acostumbrados o se dan poca maña para manejar celulares y computadoras. Se me ocurrió entonces hacer videotutoriales, iniciando desde lo más sencillo —como, por ejemplo, ir a la tienda de aplicaciones del

celular, buscar el programa e instalarlo—, hasta terminar armando una mesa con cuatro amigos para jugar en línea.

Antes de hacerlo, lo consulté con los miembros del comité de *bridge* del Club, varios de los cuales jugaban conmigo todos los días en el BBO, y les pregunté qué les parecía mi idea y si me ayudaban a difundir los videos. Quedamos en hacer un grupo de WhatsApp con todas las personas interesadas en aprender, y responder todas las preguntas, consultas y ayudar a quienes lo necesitasen entre varios que ya usábamos el programa.

Una vez que los videos estaban grabados, armé un grupo en WhatsApp y entre todos empezamos a invitar a los que quisieran unirse. La idea prendió y el primer día ya se había sumado muchísima gente al nuevo grupo.

La cuestión es que muchísimos aprendieron a jugar al *bridge online* con estos videos y a muchos otros también hubo que ayudarlos personalmente a través de videollamados, ayudándolos paso a paso. Terminó pasando que los cinco videos le sirvieron a muchísima gente. En el grupo de WhatsApp empezó a verse un montón de mensajes coordinando distintas partidas entre todos, armando grupos y demás. Fue un éxito.

Cuando la cuarentena ya llevaba más de cincuenta días, y habiendo tanta gente que ya jugaba en línea, el comité de *bridge* decidió empezar a hacer torneos más organizadas que fueron un éxito rotundo, pero eso es otra historia.

Hoy, muchos jugadores de *bridge* del Náutico seguimos jugando entre nosotros, seguimos conectados e, incluso, hacemos videollamadas cuando terminamos las partidas para comentar lo jugado; es una gran forma de conectar gente, jugando a un juego que mantiene el cerebro activo y nos hace pensar, además de divertirnos.

Quiero agradecer a las personas que me ayudaron es ese grupo a responder dudas, **Paula Meyer, Eugenia Landajo, Marina Pérez Porto, Richi Alonso, Franca Jachia Molinari y Pilar Tarradellas.**

Los árboles otoñales

Por María Laura Vidal Bazterrica

El otoño con sus colores cálidos ha llegado al Club. Sí, se instaló durante la cuarentena. Las hojas de los árboles y arbustos van cayendo día tras día para vestir las calles, la cancha de golf, las entradas a los edificios, el césped, las piletas y los estacionamientos, y forman un espectáculo escenográfico único en esta estación del año. Ahora, ¿por qué cada otoño vemos este fenómeno colorido?



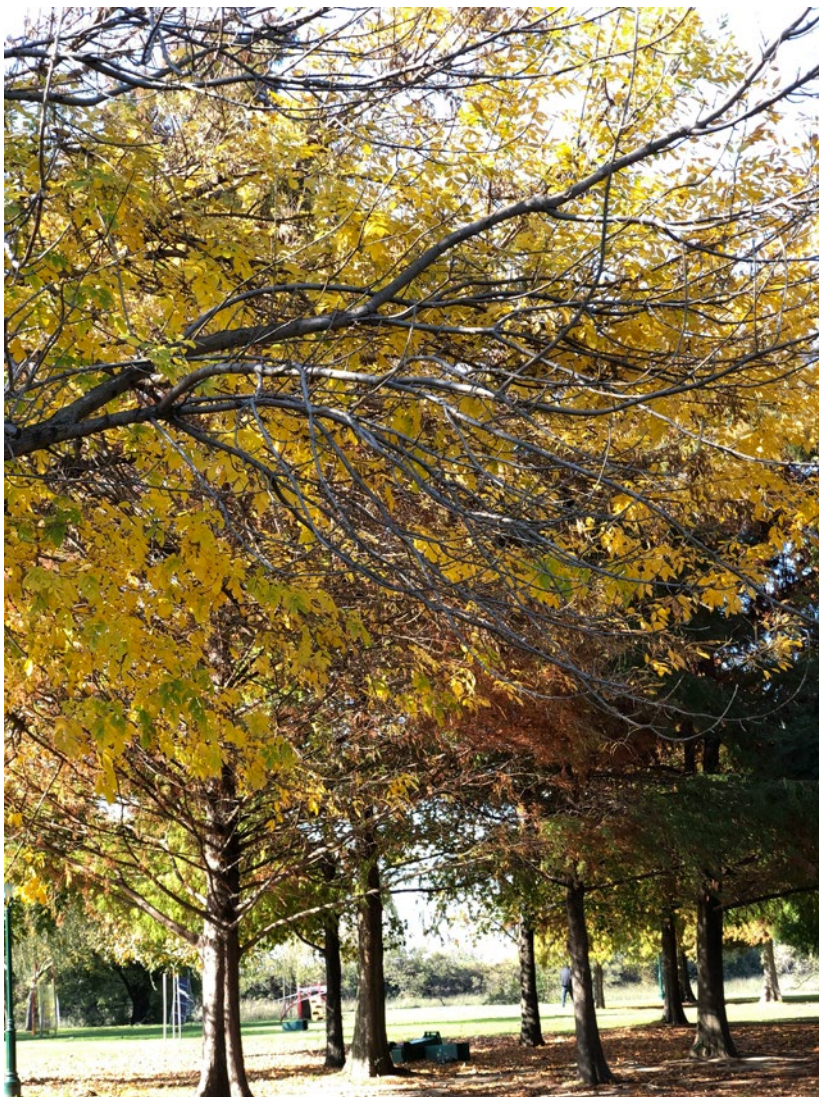
Los árboles cuyas hojas se caen en esta época se llaman caducos. En otoño cambian de colores antes de desprenderse de las ramas y caer, como parte de un proceso fisiológico que sufren llamado **senescencia**, por el que se redistribuyen los nutrientes que están en las hojas al tronco, raíces, semillas y ramas, que serán utilizados en la primavera para brotar sanamente. Cuando la temperatura comienza a bajar, los días empiezan a ser más cortos, la potencia del sol disminuye, se afecta a un pigmento llamado **clorofila**, que disminuye su producción en los árboles y arbustos, trepadoras y herbáceas, en todo ser vivo vegetal. Al ir desapareciendo la clorofila, van tomando protagonismo los colores **amarillos, rojos, ocre y naranjas** que están siempre en los follajes, pero no los vemos tan fácilmente porque son tapados por el color de la clorofila.

Ahora recorramos el club con nuestro recuerdo y memoria: cuáles son esos árboles tan lindos y coloridos y dónde los encontramos.

Al ingresar por portería nos reciben los álamos (*Populus nigra itálica*) con sus tonos amarillentos; al cruzar el puente, los altos robles (*Quercus*), junto con los Liquidámbar transmitiendo calor, acompañan el recorrido junto con los añejos plátanos (*Platanus acerifolia*) y su presencia escénica, guiándonos hacia el edificio.

El estacionamiento, cuyos árboles nuevos, plantados en etapa, dan un color rojo-óxido impresionante, que al fusionarse con el cielo nos deja sin palabras (*Fresno Oxycarpa Red Wood*).

El edificio se lleva todo los premios: el árbol más fotografiado del club en esta época: el Gingko biloba, de increíble color amarillo dorado, cada año nos recuerda cómo la monocromía transmite paz y belleza. ¿Quién no se sentó por unos minutos en el banco de plaza tan solo para contemplarlo?



Los sauces tan emblemáticos rodean todo el club. De amarillo claro, junto a los fresnos americanos (*Fraxinus Exelsior* y americano), son los encargados de anunciar la llegada del otoño.

Enmarcando la pileta de los niños, un grupo de especies con silueta cónica son los últimos en despedir al otoño: *Pyrus calleryana* chanticleer. Ellos agrupan en sus diferentes hojas los cuatro colores cálidos del otoño al mismo tiempo, una verdadera sinfonía de colores.

¿Qué podemos decir de los árboles de la cancha de golf? Toda la paleta de colores otoñal está presente, reflejándose en los espejos de las lagunas, que junto con los arbustos llamados hortensias que bordean el recorrido del agua hacen una simetría perfecta.

Las canchas de tenis tienen como fondo una cortina óxida dado por los falsos cipreses (*Taxodium distichum*). Increíble es su porte, majestuoso y presencial.

En la Punta, una nueva incorporación: Olmos montana aurea, que además de proporcionarnos sombra, su color otoñal amarillo transmite luz y energía.

Las *Largestroemias*, pertenecientes a la familia de los arrayanes, florecen en verano y en otoño nos despiden del Club con su follaje naranja en varias tonalidades.

Nuestro club es único, lo queremos, lo cuidamos y lo extrañamos mucho en estos días de cuarentena, pero de algo estamos seguros, y es que el próximo otoño viviremos una estación más pura, se limpió su oxígeno y se recuperó nuestra fauna.

#COVID 19

por Solange Baqués

Finlandia, febrero 26 - mayo 11 de 2020

El vuelo de British Airlines 9128 procedente de Londres llegó al Aeropuerto de Ezeiza la noche del 11 de mayo. En el asiento 35A (ventanilla) viajaba yo. Éramos cincuenta personas las que estábamos siendo repatriadas. «Varado» es una palabra frecuentemente usa-

da en náutica. Refiere a los barcos detenidos, encallados. Análogamente también se dice que una persona puede quedar «varada» cuando es detenida ante circunstancias imprevistas.

Con mucho entusiasmo llegué el tres de marzo a un centro creati-

vo —Arteles— ubicado en la zona rural de Tampere, en el noreste de Helsinki, Finlandia. Me integré en un grupo de trece personas que participaríamos en una residencia artística durante treinta y un días. Salí de Buenos Aires el 25 de febrero, ya que quería conocer Helsinki y Letonia antes de adentrar-



me como becaria en el programa de Arteles «Silence Awareness Existence», que, como su nombre lo indica, se focaliza en el silencio como parte del proceso creativo.

Así llegué a una zona rodeada de bosques y lagos, sin intuir que la nieve que nos recibió dejaría paso a los cerezos en flor que nos despidieron a los últimos residentes que quedábamos en el lugar. Fueron setenta días de aprendizaje, angustias, alegrías, risas y algún llanto. Fueron tres lunas llenas, días con poca luz y días casi sin noche, mientras el COVID 19 se expandía rápidamente por el mundo.

Éramos trece en el grupo inicial (dos norteamericanos, dos australianas, un belga, una holandesa, una canadiense, una escocesa, un inglés, una española, una italiana y yo). Nos dedicamos a

diversas disciplinas: músicos, escritores, performáticos, escultores y un par de fotógrafas, entre las que me encontraba. La rutina consistía en comenzar el día con una meditación, caminatas, toma de imágenes cuando la nieve y la luz lo permitían, lecturas, trabajo de investigación y revelado para, luego de una nueva meditación, ir a descansar.

Pero el 10 de marzo Arteles empezó a conmoverse. El silencio se convirtió en murmullo y el murmullo en ruido, hasta que el ruido se tornó insoportable. El Coronavirus cerraba fronteras, cancelaba vuelos, trenes, rutas, prohibía circular libremente dentro y fuera de los Estados. Europa y el mundo entraban en convulsión. La nieve y la poca luz no ayudaban al ánimo general. Había una lista de espera para usar el *Happy Light*, una especie de sol artificial.

Las horas pasaban y todos los residentes buscaban el modo de conseguir un avión para volver a sus países de origen. De algunos me llegué a despedir; otros se fueron a media noche desapareciendo al modo de Los diez negritos, la novela de Agatha Christie. Yo había recibido un mail informándome que mis vuelos en Finnair y en KLM de abril habían sido cancelados. En la noche del 12 de marzo, con la ayuda de Ida, una asistente finesa, intentábamos cada una con su computadora personal ver las opciones de regreso y las de traslado a la capital de Finlandia. En Buenos Aires eran las 4 a. m. cuando llamé a una hermana que vive en Australia y le pedí que me comprara un pasaje, porque las transacciones con tarjetas argentinas demoraban, los trenes no funcionaban y el tiempo era vital. Conseguimos un vuelo vía París/San Pablo para el 14 de

marzo, pero hacer el *check in* se tornó imposible. El vuelo también estaba cancelado.

El 15 ya sabía que mi vuelta iba a depender de entrar en un vuelo de repatriación desde Madrid, Barcelona, Roma u otro aeropuerto terminal de Europa. Avise al Consulado en Helsinki, a Aerolíneas por WhatsApp y a mi familia que iba a necesitar todo el apoyo emocional de parte de ellos porque no sabía cuándo iba a estar de vuelta en casa. El cónsul argentino me llamó de inmediato, y me ayudó y contuvo desde entonces. Queríamos solo tres «varadas» en el complejo: una australiana (Julie), una canadiense (Joel), y yo, a las que sus gobiernos tampoco les permitían el retorno.

Sentí que formaba parte de una película de terror. Poca luz, mucha nieve, nadie en los alrededores.

Decidí armar una nueva rutina. Recordé que mi padre siempre me enseñó a ver el lado positivo en situaciones complejas; a mi marido y mis hijos, a mis hermanas, todos los que me apoyaron en todo momento. Y así comenzaron a sucederse los días y las noches. La nieve y el invierno lentamente fueron dando lugar a un sinnúmero de nuevos sonidos, el hielo del lago se derritió, los brotes salieron, los pájaros aparecieron y, muy de a poco, la primavera y la luz fueron asomándose.

Continué sacando fotos desde mi ventana, viendo cómo el invierno sin ganas se retiraba. Me refugié en las caminatas matinales junto a mi Nikon y a una Pentax que algún residente anterior dejó cargada con un rollo analógico de diapositivas. Las imágenes se sucedieron día tras día, en el bosque, en el lago, en el sauna y en la casa.

Con Julie Barratt, la artista australiana, creamos una red de contención con lana roja en la entrada del centro, con el firme deseo de que con el ritual de esa instalación los contagios mermasen. Sauna, meditación, caminatas y las fotografías continuaron su ritmo. Las imágenes obtenidas fueron mis compañeras y mi conexión.

En los setenta días que estuve en Haukijärvi aprendí muchas cosas. Que los fineses no tienen una traducción para la palabra por favor, pero sí en cambio para gracias (Kiitos). Aprendí que Koi-vu es el falso abeto y que Järvi es el lago, que prenden una fogata para despedir el invierno, que los bosques son sagrados y que el darse un baño en agua helada ayuda a la limpieza corporal y espiritual. Aprendí a esperar y a confiar en que el regreso iba a ser posible.



Los vuelos de repatriación eran poco considerados respecto de los argentinos que estábamos en los países nórdicos. Madrid, Londres y Roma seguían atestados y presentando situaciones muy delicadas. Para fines de abril decidí que volviendo a Helsinki iba a tener más probabilidades de entrar en alguno. Así fue que el 9 de mayo tomé un bus junto a Julie, mi ya amiga australiana, que había conseguido un vuelo a Sydney para día 10. Allí le aguardaban quince días de cuarentena en un hotel y otros quince en Brisbane, su lugar

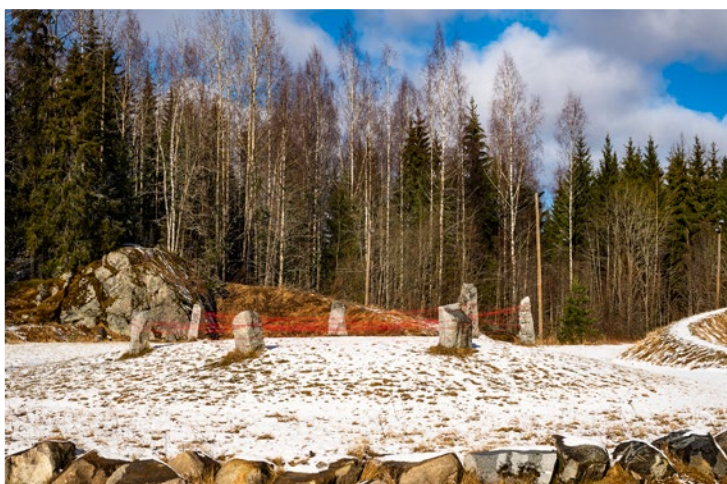
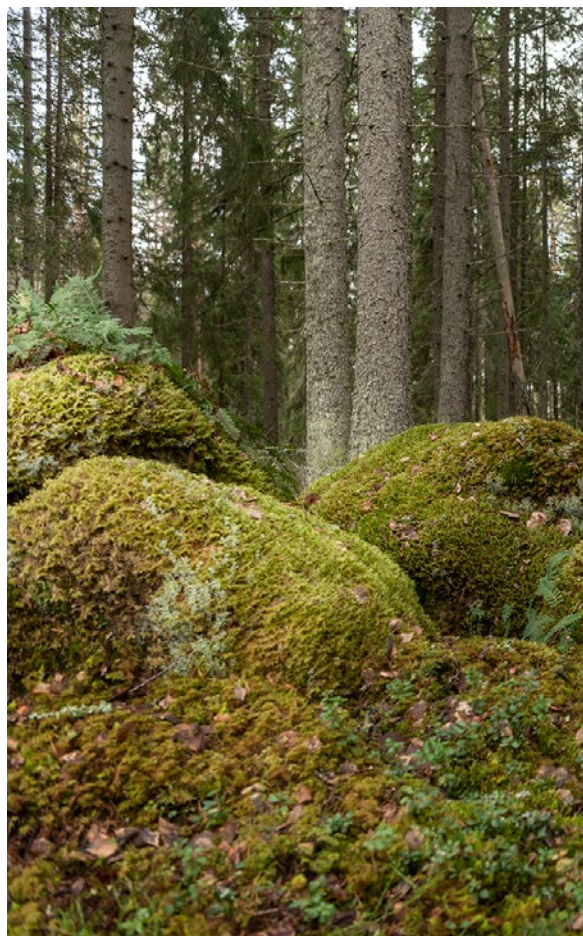
de residencia. Joel, la canadiense, volvería el 15 de mayo a Vancouver y también debería pasar quince días aislada en un hotel dispuesto por su gobierno.

Con mucha suerte, el 11 de mayo entramos dos de los argentinos que estábamos en Finlandia en la lista de un vuelo de British Airways que iba de Londres a Buenos Aires. Saqué un nuevo pasaje y volé a la capital inglesa. Luego de estar allí una noche, me presenté a las 6 a. m. en el aeropuerto. Nos tomaron la temperatura antes de subir al

avión y el vuelo fue muy austero, con escasos y atentos servicios del personal de a bordo por razones de seguridad. Heathrow parecía un desierto y Ezeiza otro. Nos fumigaron un par de veces antes de bajar del avión y la alegría fue increíble al encontrarme con mi hijo que me había venido a buscar. En casa mi marido y mi otro hijo me esperaban con barbijos y un dispositivo de aislamiento para dos semanas, pero también con un rico asado. Comenzaba una nueva etapa, la de cuarentena. Pero en territorio conocido.

Nota 1. Pesethän Katesi. Lávese las manos

Nota 2. Agradezco al Consulado de Finlandia por su constante apoyo, al personal de la Embajada Argentina en Inglaterra que nos recibió en el aeropuerto y a British Airways por el traslado, deseando que lentamente puedan ir volviendo el resto de los argentinos que se encuentran todavía en el exterior.



El día de la marmota

Por Silvina Obarrio



El día de la marmota, esa película en la que todos los días son iguales... aquella en la que Bill Murray se despierta siempre a la misma hora y en el mismo día, por mucho que lo intente, todo se vuelve a repetir... ¡Nos metieron a todos en la misma película, y sin preguntar! Creo que, masivamente, es lo más insólito que nos ha pasado globalmente. El mundo se paró literalmente y fue de película. Y diría que de pésimo gusto...

Parecen las ocho de la mañana de un domingo de lluvia, y es miércoles a las once, con un día radiante... Eso sí, tenemos innumerables beneficios que casi por obligación uno empieza a reconocer. Se escuchan más los pájaros, la naturaleza se tomó un respiro de nosotros. Muchos se reencontraron con sus familias, las volvieron a conocer. ¡Algunos felices, otros no tanto! Algunos se tomaron vacaciones los primeros días, y después no las quisieron más.



Pero los más pequeños, supongo, son los más beneficiados de todo esto ya que tienen a mamá y papá a su lado tanto como nunca antes. Aunque mamá y papá por momentos crean fervientemente que esto no es tan buena idea. Les toca ser desde payasos a educadores y con un público muy exigente. La verdad, no los estaría envidiando demasiado, pero creo que deberían tener algún tipo de reconocimiento por lo multifacéticos. ¡Vamos... ustedes pueden! ¡Fuerza! Ya se va a acabar esto, ¡no puede durar más de cien años! Eventualmente ustedes podrán escapar, o por la edad que tengan las criaturas al finalizar esta cuarentena, ¡capaz que pueden echar a volar a los polluelos!

Así empezamos, al encierro buena actitud, si no, qué nos queda. Alguna vez me pregunté, y cuánto lo lamento, es ¿qué haría si no pudiera salir de mi casa por un largo tiempo? (de la cárcel por suerte no me lo pregunté, porque no creo ser merecedora de semejante castigo y nunca he hecho, ni haré algo tal como para merecerla, ¡no aún al menos!). Pero sucedió, nos tuvimos que encerrar, entonces se me ocurrió que cada cantidad de días podíamos hacer algo entretenido que nos saque de esta marmotesca monotonía e inventamos cenas temáticas y/o vestuarios temáticos. La primera noche salió cena de gala, nos sentamos en el comedor, la mesa bien puesta, todos

con la debida elegancia, divinos los cuatro, cenamos pizza aunque estaba poco aceitosa o grasienta. La comida no era lo importante en este caso. Lo lindo fue eso de sentarnos en el comedor, qué lindo lugar aquel cuando lo tenía e invitábamos a la familia o amigos a cenar o almorzar. Qué nostalgia de mi mesa... ¡con esta cuarentena la perdí... nunca más la pude usar, ¡me coparon la mesa las chicas! Pasó a ser sucursal de colegio y facultad. Ya nunca más nos vestimos de gala.

Acá cocinan todos, todos los demás. Desde ya les cuento que no soy ninguna chef y nunca lo seré porque yo nací para Cenicienta, ¡te dejo los pisos brillantes pero de cocinar ni hablar! (¡sé, pero no me gusta!). Las chicas una vez prepararon ellas solas la cena para nosotros e hicieron *risotto* y volcán de chocolate. Lo menciono porque si no me retan, de verdad estaba riquísimo todo, por suerte ninguna caja estaba vencida, cosa que aquí sucede a menudo.

A los pocos días salió *camping night*, hicimos hamburguesas a la parrilla en el medio del jardín con velas y linternas. No había luna así que no se veía mucho, pero la tecnología del celular a veces ayuda y bastante. Luego un día de comida mejicana, tacos de pollo, quesadillas, guacamole. ¡Increíble! Tapeo a la española con brusquetas y eso. Cuando me tocó a mí la cocina, les hice comida árabe, china, y japonesa, ¡excelente todo a través del *delivery*! ¡Ven cómo sé cocinar rico! Vestimenta temática una noche fue gala, como dije, otra había que elegir una época y vestirse de acuerdo. Otro día aparecimos todos de gris... Otro día los Locos Adams, y sí... a mí me tocó el tío Cosa... Después de esa todavía estamos pensando alguna igual de buena... Pero no nos salió aún...

Otra situación de puro estrés que nos tocó vivir y seguro que a la mayoría, sino a todos, es hacer el pedido al súper por internet. Catalogado como unas de las situaciones de mayor desafío en esta cincuentena. Después de hora y media en la computadora que la página no carga (más rápido y eficiente hubiese sido ir al súper, pero estamos queriendo cuidarnos). Es-



tás en un momento en el que tocás el producto y te salen tres veces la cantidad que querías... Vuelta a escribir que querés una sola lata de choclo y no once, etc. ¡Qué desperdicio de energía!, ¿suplirá la gimnasia del día? ¡Bien, lo lograste! Ahora el momento que te lo manden, ya sabes por tus amigos que tardan en enviarlo, así que estás preparado para dos días, pues esta vez te toca esperar cinco o seis días, grrrr. Bueno... ya llegaste hasta acá, lo pedís igual, pero ahora la página no te deja cargar el pedido, entonces revoleas la computadora, maldecís al chino que no hirvió bien el vampiro, y te vas a la ventana a respirar un poco de aire puro para ventilar la erupción que hay en tu cerebro y evitar el humo como tornados por tus orejas. Dos horas más tarde volvés más tranquilo a



la computadora, pidiéndole perdón por el mal trato y te fijás suavemente que tu pedido siga allí. ¡Y... sí, sigue ahí! (Ya hubieras vuelto tres veces del súper, pero hay que cuidarse). Bien. ¡Ahora sí, te permite que efectúes el pago y te lo manden! ¡Un éxito! A los quince minutos volvés desesperadamente al pie de la desgraciada tecnología que te olvidaste de la manteca y la leche, que era lo que necesitabas desde el principio, obvio que no podés agregar nada aunque falten 144 horas para la

entrega. Chan... Mascarilla, anteojos, traje de lluvia, escafandra, y partís al supermercado... con la mandíbula bien apretada...

Claro que este cuento es solo el comienzo y no termina ni remotamente aquí. Tema cumpleaños. Qué gran tema, ¿¿por casa cómo andamos?? Yo en lo particular prefiero el mes de diciembre y Navidad que mayo, al menos en diciembre estamos todos juntos en la misma fecha. ¡¡En mi familia casi todos cumplimos en este mes casi todos en fechas distintas!! Qué mal calculado esto... ¡¡a nadie se le ocurrió!! Madre, cuñado, marido, hija y yo, no sigo porque también hay primas, y mejores amigas que a veces no se las puede pasar por alto... estoy como el cuento de otra película, *Un novio para mi mujer* (¡¡si no la vieron, todavía hay tiempo!!) la escena del cumpleaños de los amigos y Marchu, Pachu y Chuchu.. todos de Sagitario... acá somos todos de Tauro.... Hubo que in-

ventar actividades para poder sorprender a los cumpleaños, ¡¡¡hubo que poner el cerebro en acción y ser creativos!!! ¡¡Hubo flores, torta de chocolate sorpresa, videos tipo fiesta de quince o casamiento con amigos inesperados, video llamadas, en fin, globos, música, baile!!

Seguramente varios sabrán que tengo una gran debilidad por el deporte. Sí, me gusta el golf... y el club, lo amo... siento tanta falta de llegar y estar en casa, de encontrarme con la gente que conozco y que quiero, a los demás también porque son parte de un todo. Me tuve que armar un *driving*, que por suerte tengo lugar en el antiguo garaje. Gracias a la cordura de algún sabio, las ferreterías algunas estaban abiertas, me fui a comprar un cable de acero plastificado, lo amuré, con taladro y todo, de lado a lado y le colgué unas cortinas viejas que por suerte no había tirado, ¡¡todo es reutilizable en algún momento!! Y yo diría me salvaron de volverme una desquiciada con síndrome de abstinencia. Es que se siente muchísimo la falta de club. Yo creo que cuando podamos volver a entrar, estaciono donde pueda, (tendré que llegar como tres horas antes de lo que tenga que hacer), me tiraré del auto y saldré corriendo para ir abrazando a cada árbol y a todos en mi camino, con inmensa felicidad. ¡¡Eso sí, a todos con el barbijo, espero nos reconozcamos!!



Carta al club

por Adrián Obarrio

Srs. Comisión Directiva y Sub Comisiones del CNSI

Estamos en el período de cuarentena debido al COVID 19.

Este suceso, que ha casi paralizado al mundo, afectó y está afectando a nuestras familias, a nuestra economía, y por supuesto a nuestro Club.

Este es un acontecimiento sin precedentes que nos ha sorprendido a todos y nos presenta problemas que debemos resolver día a día, con decisiones, equivocaciones y correcciones, todas ellas importantes para nuestra vida de hoy, para la formación de nuestros hijos y nuestros nietos.

Nos obliga a estar atentos a las muchas noticias que surgen a diario, para ir acomodándonos de la mejor manera que podamos.

Toda esta complicación la estamos soporlando en nuestras casas.

Cuando el virus apareció, nuestros consocios que tenían, y tienen todavía, la responsabilidad de dirigir nuestro Club, se encontraron de repente con una tremenda carga de trabajo y la necesidad de tomar importantes y difíciles decisiones.

Esto lo hicieron y están haciendo con admirable capacidad y profesionalismo.

El asunto les lleva mucho tiempo y esfuerzo para informarse sobre lo que se ha hecho en otros países, en otros clubes, en otras empresas.

Todo en un ambiente de incertidumbre que, sin duda, les ha provocado muchas horas de angustia y desvelos.

Están permanentemente buscando soluciones y tomando las decisiones necesarias para cuidar, durante un período desconocido, tanto al Club como a su personal.

Con buen criterio resolvieron mantener el patrimonio del CNSI, para evitar grandes gastos en el futuro, sin descuidar la salud de nuestros empleados y también lograr que el día que se puedan abrir las puertas, el club nos reciba en el mejor estado de funcionamiento.

Previendo que esta pandemia deje al Club con problemas económicos, revisaron la ya afinada Administración del Club, considerando los ingresos y los egresos para evaluar distintos escenarios y tomar decisiones bien fundadas.

En fin, la Comisión Directiva hizo y hace un trabajo a conciencia y profesional, que insume muchas horas de dedicación y cantidades de angustia, que surge al encarar un problema serio y desconocido.

A nuestro Presidente, Sr. Germán Bincaz, y a cada uno de los miembros de la Comisión Directiva y Sub Comisiones, nuestro extendido aplauso y un enorme agradecimiento.



Noviazgo en la balsa colorada

por Mauri Obarrio

Esa tarde el río estaba bajo y la balsa colorada se encontraba lejos. Cuando llegué, el agua me llegaba a la cintura y era suficiente como para poder zambullirme al agua.

Trepé y sobre la balsa había varios chicos, pero yo solo presté atención a una negrita, con rulos y trenzas, y a mis diez años de edad, creí encontrar a mi media naranja.

Para conquistarla, me dediqué a zambullirme y pasar por debajo de la balsa colorada y emerger del otro lado. Al asomar la cabeza miraba hacia la niña y ella se hacía la desentendida. Repetí mi forma de cortejo durante varias veces, hasta que subí y me quedé sentado.

Ella miraba hacia la orilla y yo la espiaba de reojo.

Poco a poco la balsa fue abandonada por los demás chicos y quedamos solos. No sé cuánto tiempo estuvimos juntos, pero yo sabía que si no se había ido era porque quería ser mi novia.

En un momento, el río comenzó a crecer y ambos, sin decirnos nada, bajamos y fuimos a la orilla, separados pero juntos.

Al llegar, la chica morena, de rulos y trenzas, se fue y no la volví a ver.

Aún hoy, sigo creyendo que fue mi primera novia.

Contamos tu cuento...

ESPERAMOS SUS CUENTOS A TRAVÉS DEL
MAIL PRENSA@CNSI.ORG.AR



Cantá río, cantá y no dejes de cantar.
Cantá río, cantá y ayudanos a despertar.
Cantale a la tierra, cantale al mar,
que te van a contener en su inmensidad.
Cantale al cielo, cantale al sol
que en el reflejo de su luz vas a encontrar amor.
Porque en ese amor el navegante se encuentra,
cada uno con su rumbo, aunque a veces no lo sepa.
Y en tu va y ven el hombre nunca va a olvidar
cómo se sintió en paz.

Cantá río cantá, cantale al hombre que siempre te cantó
porque gracias a su amor yo descubrí tu voz.
Cantale y acompaña lo sin cansancio en su viaje,
porque como todo navegante, siempre te admirará.
Cantale y arruyalo aún llegando al final,
que en tus aguas él siempre querrá despertar.
Cantale por siempre y nunca dejes de cantar,
porque en tu canto eterno a él por siempre lo vamos a
escuchar.

A mi querido Alfre que siempre escuchó al río cantar.

Victoria Luka #relatosdeunafoto

AQUELLOS TIEMPOS...



INDICE

1

• Hoy, por Germán Bincz

4

• Una fiesta distinta, por Andrés Galindez

6

• Cambio y estrés,
por María Isabel Sabaté y Jennifer Longstaff

YACHTING

8

• Superando expectativas a bordo del Náutico II

14

• Volveré siempre a San Juan, por Juan Carlos Attwell

16

• Los Bajos del Temor

19

• El viaje del Ingrid



GOLF

31

• Copa Rolex, por Paula Meyer

34

• ¡Hasta el golf se viralizó!, por Silvina Obarrio

TENIS

36

• Tenis desde casa

38

• Mis setenta años de tenis, por Maximiliano Serravalle

43

• Soñando en cuarentena, por Majo Carril



AJEDREZ

44

• Ajedrez durante la cuarentena, por Raúl Pablo Tomás

46

• Redescubriendo pasiones, por Luis B. Laporte

BRIDGE

47

• La cuarentena por algunos bridgistas,
por Paula Meyer y Eugenia Landajo

49

• Cuarentena Bridgista II, por Eduardo Marcó del Pont

SOCIOS

50

• Los árboles otoñales,
por María Laura Vidal Bazterrica

53

• #COVID 19, por Solange Baqués

57

• El día de la marmota, por Silvina Obarrio

60

• Carta al club, por Adrián Obarrio

61

• Noviazgo en la balsa colorada, por Mauri Obarrio

62

• Contamos tu cuento, por Victoria Luka

63

• Aquellos tiempos



NAUTICO



Año LII - Nº 321 - Junio 2020 | Publicación bimestral del Club Náutico San Isidro | Sede Social y Administración: Av. Mitre 1999 - B1643DIG San Isidro | Tel. 4732 7000 | Telefax: 4732 0660/0606 | club@cnsi.org.ar | <http://www.cnsi.org.ar> | Subcomisión de Prensa y Difusión: Mauricio Obarrio - María Teresa Ganzábal - Silvina Obarrio - Josefina Azzali - Micaela López Zannelli - Aki Obarrio - Facundo Moro - Solange Baqués | Foto de Tapa: María Darmandrail | Publicidad: María Inés Walther de Olivera - 4792 5018 / 15 5504 3827 | Impresión y Encuadernación: Imprenta Mariano Mas - Perú 555 - C1068AAA Buenos Aires - Argentina - Telefax: +54-11 4331 5762 / 5764 - marianomas.adm@gmail.com | Reg. Prop. Int. Nº 1381008 | Las ideas y opiniones expresadas en las notas son responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento del Club Náutico San Isidro, quien destiende cualquier responsabilidad en ese sentido.



